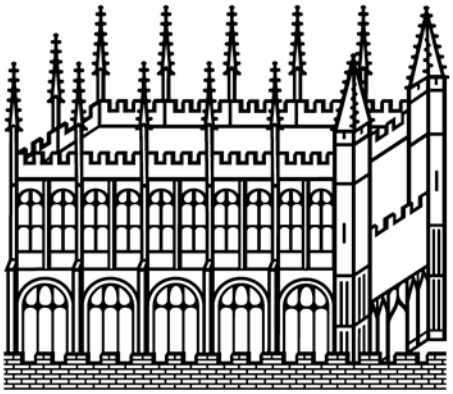


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

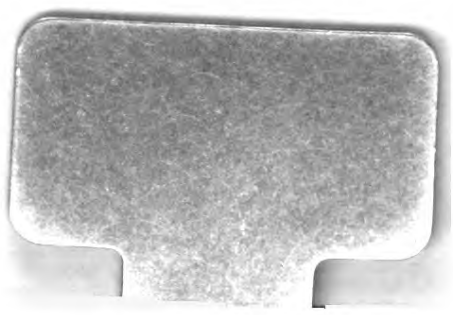
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

24336 e.759.



LA VERDAD DE PRIMO DE RIVERA

NTIMIDADES Y ANÉCDOTAS DEL DICTADOR

POR

JACINTO CAPELLA

HESPERIA
Libros Hispánicos
ZARAGOZA

24336 e. 75

Gm.
414 *
24336 e. 759

LA VERDAD DE PRIMO DE RIVERA

INTIMIDADES Y ANÉCDOTAS

LA VERDAD

DE

PRIMO DE RIVERA

INTIMIDADES Y ANÉCDOTAS DEL DICTADOR

POR

JACINTO CAPELLA

Librería "PRO CULTURA"
Apartado 9019 Teléfono 59590
HERMOSILLA, 76
MADRID

MADRID
1 9 3 3

BODLEIAN
- 7 AUG 1975
LIBRARY

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

IMPRENTA HIJOS DE TOMÁS MINUESA. JUANELO, 15

... lo contrario de los rumores que corren acerca de las personas o de los asuntos, es muchas veces la verdad.

LA BRUYÉRE.

PORTICO

Este libro, lector, no tiene otra finalidad que la de aportar algunos datos para cuando se escriba la historia del general Primo de Rivera, el gobernante que desapareció, mal herido por la ingratitud de sus compatriotas.

Cuantos me conocen—testigo principal Lorenzo Polo, su fiel servidor, hombre bueno y leal—saben que todas las tardes, a las cinco, iba a despertarle de la siesta, y que mientras tomaba el té en su habitación, charlábamos de mil cosas distintas.

De sus palabras, de sus pensamientos y gestos, de cuanto he podido acordarme, aquí encontrará usted un exacto reflejo, para que otras generaciones se enteren de quién fué el hombre, con

sus defectos y cualidades, que pacificó Marruecos, pesadilla de oro y sangre para España. Puede que sus admiradores—la mayoría de ciudadanos españoles—piensen que yo debía haber silenciado alguna de las intimidades que pregono, como ciertos cretinos, los pocos detractores que quedan de su obra, digan que este libro es de un devoto, un tributo de amistad a un ilustre desaparecido. Me es igual. La opinión no me importa, entre otras razones, porque no soy gobernante. Yo vivo mi vida, respeto al prójimo, y en este libro digo la verdad y lo que sé, no con el propósito de glorificar a un gran español, porque su actuación perdurará en la Historia de nuestra Patria a través de todas las épocas, ya que hay figuras tan destacadas en la vida de los pueblos, que el tiempo las agranda, aunque la envidia las haya maltratado. He escrito estas páginas por el deseo de que el público sepa algo que ignora, algo de lo que fué ese hombre en la intimidad, ese español tan representativo, andaluz hasta la médula, porque incluso el color del cielo de aquella hermosa región, se reflejaba en sus ojos azules. Injerto de errores y aciertos, flaquezas y genialidades, y en quien el corazón—su gran corazón—presidió todos los actos de su vida inquieta, haciendo caso omiso en muchas ocasiones de la opinión de su cerebro.

He creído también necesario, al margen de las anécdotas, destruir una serie de leyendas que son completamente absurdas, por no decir falsas. Tengo por descontado que algunas afirmaciones mías molestarán a muchos, pero es que yo he pretendido únicamente poner al descubierto la verdad, que, como dijo Roosevelt en su discurso de toma de posesión : *Esta es la hora de la verdad, de decir la verdad a voz en grito, sin atenuantes ni paliativos.*

A Primo de Rivera no lo envenenó nadie ; murió de un coma diabético, como han muerto muchos otros hombres. Las contrariedades que en su vida de gobernante pasó, se las proporcionaron las derechas, y lo más—podríamos llamarlo gracioso—del caso, es que él era un hijo y un apóstol de esas derechas que lo mataron. Las izquierdas no le dieron el menor disgusto, ni en nada entorpecieron su labor de gobernante ; los derechistas de ayer—los de hoy ya van aprendiendo—, trabajando en la sombra y con su insensatez peculiar y funesta, no se dieron cuenta de que, al socavar el mayor de sus prestigios, el más firme sostén con que contaban, ponían en peligro su tranquilidad y lo que tanto estimaban : su dinero, ese dinero que por no haberlo sabido gastar a tiempo en mínima parte, se lo está arrebatando y se lo arrebatará del todo la

chusma vocinglera y analfabeta, que, por instinto de defensa, expone en la lucha todo lo que tiene, incluso la vida.

Esto es todo cuanto quiero manifestar previamente, para que nadie se llame a engaño. Soy hombre apolítico, y lo tengo bien demostrado. La definición de Aristóteles: *El hombre es un animal político*, conmigo no reza, pues ni siquiera en vida del general Primo de Rivera, ocupé el menor de los cargos, pero precisamente, por mi asco a la política y el desdén que me inspiran todos los que en ella actúan, puedo escribir con absoluta independencia, en un país en el que, desgraciadamente, unas veces el espíritu y otras el estómago, son los encargados de amordazar al pensamiento.

Primo de Rivera, impulsivo y generoso, galante con las mujeres, sencillo con los de abajo y altivo con los de arriba, amigo de sus amigos, pero no al extremo de ayudarles cuando los creía equivocados; dictador, según el Diccionario, pero paternal en su época de gobernante, como un alcalde pueblerino, cuando no había alcaldes socialistas en los pueblos, fué, a pesar de todo y contra la opinión de algunos, lo que me dijo al día siguiente del entierro, el duque de Miranda: *Un hombre genial.*

Ya quisiéramos, en estos tiempos caóticos para

España, tener un sucesor en el Gobierno, digno de aquel gran patriota, que nos libró, con su impulso, de la mayor, más cara y más cruenta de nuestras pesadillas.

Ahora usted, lector, si le place mi compañía, agárrese de mi brazo y emprenda conmigo la marcha a través de estas páginas, en las que, por medio de letras negras y diminutas, se enterará de quién fué el hombre que tanto hizo por España y que tan mal se lo agradecimos.

¿Vamos...?

UNA ANECDOTA GRACIOSA

El padre del general fué coronel de Estado Mayor, pero pidió, joven, el retiro, dedicándose a la agricultura. La madre, era hija de una ilustre y rica familia jerezana. Ambos murieron pasados los setenta años.

El Dictador, entre varones y hembras, tuvo diez hermanos, y era sobrino carnal de don Fernando, el primer marqués de Estella, a quien los sobrinos, por cariño, le llamaban el *Abuelo*.

El general enviudó joven de su esposa, doña Casilda Sáenz de Heredia, que tuvo cinco hijos: José Antonio, Miguel, Fernando, Carmen y Pilar.

No fué tan mujeriego como algunos se figuran, porque incluso aquellos amores con una señorita, ya entrada en años, que confundía a Cupido con

Morgan, y a los epitalamios con las acciones de Bolsa, le tuvieron muy sin cuidado, y él mismo se describió cuando dijo que prefería el mariposeo a la constancia, y en la forma que lo expresó, creo que interesará al lector.

Acababa de publicar Andrés Révesz, el culto redactor de *A B C*, su obra *Mussolini, el Dictador en pyjama*. Tuvo la galantería de enviarme un ejemplar, y sobre su libro yo escribí una crónica, no recuerdo si en *La Nación* o en el *Noticiero del lunes*. Recibí una carta de gratitud del autor, y ello hizo que trabáramos una muy buena amistad. Hablando de su último libro, le sugerí la idea de que sería de actualidad escribir el de nuestro Dictador.

Révesz, no lo conocía, y además no ignoraba lo refractario que era el general en recibir a periodistas.

Yo me brindé a orillar todas las dificultades. Andrés Révesz lo explica así en el prólogo de *Frente al Dictador*, que éste es el título del libro a que me refiero: «Seguramente hubiera perdido mucho tiempo esperando una audiencia, si el azar—padre de la suerte—no me hubiera hecho conocer a un ilustre periodista, amigo íntimo del general. Gracias a este compañero amable, una tarde de esa hermosa primavera madrileña, inmediatamente después de su siesta indispensable, el

general Primo de Rivera me recibió en la intimidad de su habitación particular del Ministerio de la Guerra.»

Menos lo de que yo sea ilustre, todo lo demás es verdad. Allí, los tres, acordamos el título del libro, en el que yo iba a colaborar, pero que no firmaría, pues mi nombre, conocida nuestra antigua amistad, le restaría eficacia.

A los pocos días, el Dictador me preguntó cómo andaba el libro ; le dije que ya faltaba poco, y dándome una cuartilla añadió :

—Toma, pon este capítulo que he escrito yo.

Dicho capítulo está en la página 44 de la obra y dice así : «*Sus amores*.—Ha sido muy amador. En sus amores los hubo altos y plebeyos. De los primeros poco ha trascendido—es muy reservado en esta materia—, salvo el que tuvo a su esposa, mujer de singular virtud y belleza. Vivió pocos años, y fué elegida por un imperativo impulso del corazón del hombre que hoy nos gobierna.

Más democrático, tuvo un nuevo amor, ya de viudo, con una mujer muy chula y muy madrileña, que lució su gracia y su garbo como camarera en una afamada cervecería madrileña.

Se dice de él que ha sido un gran enamorado, que ha amado mucho ; pero... también se dice que ha preferido el mariposeo a la constancia.»

Claro que nada de particular tiene que un bio-

grafiado ayude a escribir su biografía, y menos en este caso concreto, en que se trataba de un solo capítulo, y además de índole íntima. Lo chusco del caso no es esto, sino lo que sigue:

Ya había aparecido el libro; estaba yo almorzando en mi casa, cuando recibo una carta, que me enviaba desde la cárcel de Madrid, el director del periódico *El Carbayón,* de Oviedo. En ella me manifestaba que habiendo reproducido en su periódico el capítulo titulado «Sus amores», del libro *Frente al Dictador,* el gobernador de Oviedo lo había detenido y lo había enviado a Madrid.

Yo no sabía si indignarme o reírme. ¡Detenido, y precisamente por una cosa que había escrito el propio general!

Sin terminar la comida, me fuí escapado al Ministerio; como yo no tenía que anunciarme, ni hacer antesala, entré al despacho de Primo de Rivera, que estaba trabajando ante aquella mesa llena de papeles. Le conté lo ocurrido, se llevó las manos a la cabeza, y, por lo visto, experimentó la misma sensación que yo, pues no sabía si indignarse o reírse. Inmediatamente dió unas órdenes—me parece que a Monis, el simpático comandante que siempre acompañaba al general—, y el director de *El Carbayón* quedó en libertad.

Todo esto ocurrió por el dichoso capitulito y

por la ineptitud de una autoridad, que con su acostumbrado *trop de zéle,* en muchas ocasiones ponen en ridículo a sus superiores.

De los políticos de su época, al que más admiraba era a Mussolini, y eso que hace diez años el *Duce* no había adquirido el prestigio de que goza en estos tiempos, pero reconocía, como Jorge Sorel, que era un gran *condottiere,* y la prueba de su admiración está en el brindis que pronunció Primo de Rivera, en el banquete que le dió Mussolini en el Palacio de Venecia, de Roma, cuyas palabras fueron las siguientes :

«Excelencia : vuestra figura ya no es italiana solamente, sino mundial. Sois el apóstol de la campaña dirigida contra la Revolución y la anarquía que iba a iniciarse en Europa. Habéis sabido hablar al corazón del pueblo, de ese pueblo que se quería encaminar fraudulentamente hacia el mal y con vuestra elocuencia arrebatadora le habéis ganado rápidamente a la causa del orden, el trabajo y la justicia.»

No obstante esa admiración, Primo de Rivera no quería imitar al dictador italiano, porque algunos de sus procedimientos, particularmente los de represión, repugnaban a su noble conciencia, y sabía, por experiencia, que toda esa parte de teatralidad que tanto ha contribuído en Italia al éxito del fascismo, en España, país eminentemen-

te individualista e indisciplinado por añadidura, no encontraría eco.

Ahora bien, las palabras que el *Duce* pronunció el 6 de diciembre de 1929: «Como jefe del Gobierno, os digo de él que lo que presido es un Gobierno serio, fuerte, severo y no una administración burocrática.» Y las del 16 de abril de 1923: «Quisiera hacer grande, próspero y libre a todo el pueblo italiano, y lo conseguiré.»

Estoy seguro que Primo de Rivera, refiriéndose a España, las hubiera suscrito.

SU ACTUACION EN CATALUÑA

Una tarde recibí la visita de su primo Sancho, el conde de Villafuente Bermeja, quien me dijo:

—Vengo de parte de Miguel, a invitarle para que mañana cenemos juntos en casa de Morán; es una cena de despedida, porque le han nombrado capitán general de Cataluña y sale para allí. Al día siguiente, por la noche, nos reuníamos en el lugar indicado, el general, su primo, sus dos amigos Clemente y Robador, y yo.

Entre otros platos, comimos—esto sí lo recuerdo bien—langosta a la americana y los imprescindibles pichones, que tanto le gustaban. Primo de Rivera siempre fué un gran enamorado de Barcelona; le gustaba más que Madrid, y el nombramiento que le otorgaban, después de lo ocu-

rrido por el discurso abandonista que pronunció en el Senado, le llenaba de gran alegría.

Charlamos de varios asuntos, porque el general era un *causeur* muy ameno, aunque en las conversaciones siempre se llevaba la mayor parte, al extremo que una vez, en Sevilla, fuí a ver a Cruz Conde para un asunto de la Exposición, y al decirle al entonces gobernador :

—Ya se lo diré a Miguel.

Cruz Conde me contestó :

—Si le deja, porque ya sabe usted que no permite hablar a nadie.

Pero en aquella cena, cordial, entre camaradas, el general se mostró muy expansivo ; entre otras cosas, nos contó que no tenía dinero, porque siendo capitán general de Valencia, en 1920, se lo había jugado todo, y que aunque él nos había invitado, el que pagaba la cena era su primo Sancho. Hizo un gran elogio de Cambó, con quien sabía que tenía que luchar o avenirse, y a las dos de la madrugada le acompañé a su domicilio de la calle de la Magdalena. Puedo asegurar que se fué a Barcelona sin el menor propósito de dar el golpe de Estado del 13 de septiembre. Los acontecimientos le llevaron a efectuarlo, y digo que los acontecimientos, porque en los pocos viajes que hizo a Madrid, mientras fué Capitán

general de Cataluña nos vimos siempre, y hasta en los dos últimos no me reveló su propósito.

Hay que hacer constar que la preparación del golpe de Estado era conocida por muchos, y uno de los mejores enterados fué el general Aguilera, a quien se dirigió para proponerle que se pusiera al frente del movimiento, y al obtener la negativa y decirle que en último caso lo encabezaría él, Aguilera le contestó:

—Miguel: Usted ha pasado una mala noche y es muy joven y vehemente, y no conoce que va al fracaso; en ese movimiento no le sigue a usted ni su asistente.

Aguilera, por lo visto, se equivocó en su vaticinio, porque le siguió España entera.

Entre los varios motivos precursores al golpe de Estado, fué uno de ellos la huelga de transportes de Barcelona, que duró más de dos meses, en los cuales se suprimió el transporte rodado y las basuras inundaban las calles de la hermosa capital; pero lo que incluso lo precipitó, pues el golpe estaba preparado para el 14, fué el ver que el 11 de septiembre, el día del homenaje a Casanova, los separatistas catalanes arrastraban por el suelo la bandera de España. El general, muy español y gran patriota, no pudo ver con calma que nuestra bandera, por la que él había luchado y sus antecesores también, fuese pisotea-

da, y lleno de coraje, con ese coraje suyo, breve, pero inmediato, adelantó los acontecimientos.

Él, contra lo que opinaban algunos catalanes, durante la Dictadura, quería mucho a Cataluña; pero la quería, como todos los españoles, dentro de España, no fuera, y no hay duda ninguna que la maravillosa Exposición de Barcelona se debió al impulso del Dictador, al que todavía lloran los que se han persuadido de que el Estatuto es una ruina, y que el pistolerismo ha vuelto al mismo auge que alcanzó antes del año 1923.

Primo de Rivera, el 13 de septiembre, contaba con la opinión máxima de Cataluña; incluso tenía más simpatías que Cambó, entonces líder del partido catalanista. Si llega a fracasarle el golpe de Estado, en el sentido militar, los catalanes, como un solo hombre, lo hubieran amparado y ayudado, tal era la fe que en él tenían, fe que luego se convirtió en decepción, porque...—aquí sí que tengo que ser algo difuso, porque ignoro lo ocurrido—se prohibió la sardana de *La santa Espina*, la exhibición de la bandera de las cuatro barras, los letreros en el idioma vernáculo, y se disolvió la Mancomunidad.

Todo esto, a mi modo de ver—y no hablo como catalán, pues tengo bien probado mi españolis-

mo—, fué uno de los mayores errores del Dictador.

Algunas veces, durante nuestras charlas, intenté preguntarle el motivo de esas prohibiciones, que podríamos llamar infantiles, y que tanto daño, en el sentido político, le hicieron, y él siempre me soslayó la contestación.

¿Fué impulso o consejo? Lo ignoro—y ya he advertido que en este libro sólo me proponía decir la verdad—; lo que sé, es que en una, de las muchas visitas que hizo Don Alfonso con el general a Barcelona, paseando ambos en coche por el Paseo de Gracia, éste le hizo notar, que en los balcones de las casas particulares no aparecían, como en otras ocasiones, banderas catalanas, y Don Alfonso, fijándose en que todos los balcones estaban cerrados y nadie se asomaba a su paso, como en otras varias visitas, le dijo:

—No te quepa duda, Miguel, que detrás de los maderos de esos balcones cerrados, hay muchas banderas catalanas.

SU AFICION AL JUEGO

Lo mismo que su hermano Fernando, el héroe de Monte-Arruit, sacrificado por el error de muchos, Miguel Primo de Rivera era un gran aficionado al juego. Yo creo que esa afición, tan constante en él, contribuyó mucho a la leyenda de que era bebedor, por aquello de los versos de Dicenta:

¡*Mujeres*! ¡*Vino*! ¡*Juego*!, *etc.*

Nuestra moral, de vía estrecha, acostumbra, por economía mental, al que tiene un vicio acumulárselos todos. Ese juicio es muy cómodo, porque no perjudica al que lo emite; sólo molesta al enjuiciado, y en España, donde somos profun-

damente conservadores, lo que más nos interesa, después de colocar el dinero para que rente, es no tener que pensar, porque el pensar representa un desgaste intelectual que nuestra porverbial holgazanería rechaza.

La opinión, a la mayoría de los españoles, les cuesta diez céntimos diarios, porque es la del periódico que leen a la hora del desayuno. Pero volviendo al asunto, ya que para decir todo lo que pienso de mi país, tendría que escribir un libro de mayores dimensiones que éste, puedo asegurarle, lector, que el único vicio que dominó al Dictador fué el juego, a tal extremo, que yo llegué a creer, en algunas ocasiones, que siendo gobernante, lo prihibió por temor a no tener fuerza de voluntad suficiente e incurrir en él. Y digo en algunas ocasiones, porque en una noche de verano, nos fuimos a mi finca de Alcalá de Henares: el conde de Montelirio, el conde de Villafuente Bermeja, el general, que era presidente del Consejo, y yo. Después de cenar, jugamos al *Faraón;* él, perdió setecientas pesetas; yo, que era el más pobrecito de los comensales, mil doscientas, cuyo total nos ganaron muy lindamente los dos condes, aunque el verdadero conde fuí yo.

No podía reprimirse. Siendo capitán general de Valencia, entre Parisiana y Rosales, perdió una noche, seis mil duros; la prueba de que el juego

constituía en él su gran encanto, es que en el último año de su gobierno, ya pensando en su próxima retirada—digo retirada, porque el 8 de enero de 1930, fuimos a felicitarle por su cumpleaños, Sanjurjo y yo, y nos dijo que el 13 de septiembre dejaba el Poder a todo trance—, me contó, a los pocos días de esa fecha, sus proyectos para el porvenir.

—Mira—me decía—, una vez nombre a mi sucesor, que seguramente será el conde de Guadalhorce, pues es un hombre muy inteligente y enérgico, haré una vida metódica. Me levantaré temprano, como de costumbre, y leeré toda la mañana. Al medio día daré un paseo a caballo; al regresar a casa, almuerzo en familia, la consabida siesta, y a las seis, que es la hora en que los hombres de mi edad van a ver a la *amiga*, como yo no cultivo ese deporte, porque tengo la gran suerte de ir perdiendo la virilidad y el deseo a un tiempo, me iré a la Peña a jugar al tute, pero un tute caro, sabes, si puede ser de dos duros mejor que de uno. Después, a cenar a casa y al teatro con mis hijas.

Pensaba en jugar al tute, y el Destino jugó con él, con un hombre que todo lo pudo y únicamente se ocupó de hacer bien a su Patria, a la que tanto quiso, al extremo que en su credo, romántico por demás, le ofrendó la vida. Gustaba de

complicarse la existencia, de idealizar aun las cosas más vulgares, y éste fué uno de sus mayores fracasos. Creer que un iluminado puede dominar a unas multitudes, zafias y egoístas, sin más armas que las de su buena fe, es un error. A la morralla no más se la persuade por la violencia, y a los de arriba dejándoles sin comer. Esto ha ocurrido aquí y en todos los países, y en todas las edades.

Como he dicho en este capítulo, el general, el día de su cumpleaños, nos habló, al ilustre presidiario y a mí, de la fecha en que pensaba dejar el Poder. Esta perseverancia anunciando de continuo el término de la Dictadura, debilitó mucho su fuerza política, y yo no creí nunca en la confirmación de ese propósito.

¿Por qué? Muy sencillo; porque he conocido y he tratado a muchos gobernantes, y todavía no he visto a ninguno que espontáneamente renunciara a las voluptuosidades que supongo brinda el Poder, y que deben ser, por lo que notamos los gobernados, algo paradisíaco.

Porfirio Díaz estuvo treinta años de dictador en Méjico, y si no es por la revolución *maderista*, que lo echó, teniendo que embarcar en el *Ipiranga*, con rumbo a Europa, todavía estaría en el palacio de Chapultepec. Estrada Cabrera —gran amigo de los españoles—gobernó veinte

años la República de Guatemala, hasta que los revolucionarios lo encarcelaron. Tinoco, en Costa Rica, y Huerta en la república azteca, pudieron huir ; el general Gómez sigue en Venezuela y Machado en Cuba.

Repito que el gobernar debe producir placeres infinitos—desde luego, la mayoría, de vanidad—, porque no siendo así, no tendría explicación que hombres de indiscutible talento se atornillaran a un sillón, que, a mi modo de ver—claro que habla uno que cede todas las glorias de este mundo con tal de no sacrificar la comodidad—, no produce nada más que molestias : la primera piedra, el discurso oficial, la hora de la firma, el Parlamento, la Prensa de oposición, las horas de despacho, las audiencias, los viajes para inaugurar una lápida, con motivo de que la esposa del ciudadano Pérez, ha dado a luz tres robustos niños, que, a lo mejor, en vez de servir a la patria, se ocuparán en asaltar a un Banco—uno de los negocios más lucrativos en el momento actual—, y una serie de renuncias espirituales y materiales, que deben agotar al hombre más desaprensivo.

Y, por último, entre otros motivos, no creí nunca que Primo de Rivera dejaría el Poder, porque yo conocía las palabras del académico francés Luis Barthou, de su libro *El político*, a

través de la traducción del conde de Romanones: «No existe la retirada para el político. No hay límite de edad que imponga límite a su abnegación. *El lasciate ogni speranza* no existe para él. El político espera siempre.»

¡Si los políticos supieran retirarse a tiempo! Pero ya que los cómicos y los toreros, que, por lo general, son de inferior cultura, no lo hacen, ¿por qué vamos a pretenderlo de esos hombres que, por lo menos, se sienten halagados por la adulación y confunden a ésta con la verdad?

El político no se retira nunca. El político muere o lo matan. El conde de Romanones, que, afortunadamente para él, todavía vive—aunque algo arrepentido—, debe esperar algo, por lo menos la caza de codornices en la provincia de Sigüenza.

ABANDONISTA

El criterio de Primo de Rivera, antes de llegar al Poder, respecto a nuestras posesiones de Africa, era absolutamente abandonista. Su discurso en el Senado, que le costó la Capitanía general de Madrid, bien lo demuestra ; pero esta sanción no hizo cambiar su criterio.

A los pocos meses de dar con fortuna el golpe de Estado, me llamó con mucha urgencia—todo lo de él era dinámico, y los que le rodeábamos teníamos que serlo también o ingresar en un sanatario donde poner en práctica las curas de reposo—a su casa de la calle de Los Madrazo, a las cuatro de la tarde, recibiéndome con estas palabras :

—Mira, te he llamado para que escribas un

artículo, del que te voy a dar unas ideas; toma —dándome un lápiz y un block—, apunta, porque necesito que se publique enseguida:

En esa época era director de *La Correspondencia de España*, José Serrán y yo colaborador del periódico, donde firmaba con el seudónimo de Alvaro Barthou—testigo, Serrán—, porque acababa de leer la obra del gran político francés del mismo apellido, publicada en aquellos días.

Tomé los apuntes que el presidente del Directorio me dictó, y escribí el siguiente artículo—bastante malo, por cierto, ahora que lo he releído—, titulándolo:

España en Marruecos.—La voz del pueblo.

«Falta muy poco para cumplirse el tercer aniversario del desastre de Annual, y lo llamo desastre, porque como a los españoles nos sobran fechas gloriosas, no necesitamos hurgar en el Diccionario para que nos ofrezca un vocablo menos molesto, pero menos cierto.

Fué un desastre, como lo fué Monte Arruit, donde hubo un teniente coronel de Caballería heroico, una traición y muchas víctimas. Pero... dejemos ese pasado, lleno de cuajarones de sangre, de almas que gimen, de dolor y amargura, de luto y maldición.

Abandonemos por un momento el sentimiento,

¡tan nuestro!, y demos un aldabonazo bien recio a las puertas de la realidad para que el Gobierno, que pregona y demuestra vivir en consorcio con ella, se entere del balance rojo que ha hecho la opinión de la campaña de Marruecos.

Para nosotros—los españoles de hoy—, los moros son unos seres que se divierten con muchas mujeres, que corren la pólvora y que nos han sido presentados por «El pollo Tejada» y otras obras de género chico.

A «El alcázar de las perlas», del glorioso Villaespesa, le concedemos todo el mérito de una evocación lírica, y nada más. Del Guadalete y de Covadonga no hay quien se acuerde, y cuando vamos a Granada, lo que más nos interesa es asistir a una zambra gitana.

A los españoles que no tenemos ligas políticas ni financieras, Africa no nos importa. Cuando queremos conocer otras patrias y otros cielos, recorremos Europa, y si no le tenemos miedo al mareo o al naufragio, América.

Muchos Gobiernos nos han hablado de imponer nuestra civilización a los del otro lado del Estrecho. La palabra civilización, por lo visto, es una gran proxeneta. Ya dijo de ella el malogrado Ganivet en su jugoso «Epistolario» que no debe de ser gran cosa, cuando el negro más bruto de Africa se la podía aprender en unos cuantos

años. Además, como el alza de las subsistencias ha moldeado nuestro espíritu en un sentido económico, odiamos el despilfarro, y nos hemos persuadido de que esa civilización nos hacía falta en casa, aunque interinamente la conservásemos en la hucha, subsistiendo las Hurdes.

Bueno es ser dadivoso, pero cuando hay saldo a favor, porque ya pasó la época del caballero que en una noche de invierno, al cruzar una calle, regalaba su capa al pordiosero que tiritaba de frío.

Hoy vamos en automóvil y con gabán de pieles y no los cedemos a nadie. Estamos en 1924, somos egoístas en todo.

El Ejército ha recuperado el territorio que funestamente se perdió en 1921, ganando los barrancos, los montes y los llanos como saben ganarlos los buenos, que pueden caer por una torpeza o por una sorpresa, pero que si se equivocan, por lo menos dan lo más, que es la vida.

Sostenerse en posiciones inhospitalarias y avanzar, sería un absurdo. Ninguna lógica puede apadrinarlo. Pretender desde allí ir a Alhucemas, sería muy épico para que el difunto Chueca resucitase y volviese a escribir otra «Marcha de Cádiz», pero letra y música no ahogarían la melodía de la marcha fúnebre que entonarían las

madres españolas al pretender atravesar sus hihijos, un macizo montañoso, inclemente y mortífero.

Pasó la época de Prim. El arte de la guerra de hoy es otro. El héroe de Castillejos, del que hace poco dijo el Presidente del Directorio «que si no hubiese sido por los malditos asesinos, el porvenir de España sería otro», no iría a Alhucemas.

Los caídos y los triunfadores deben sobreponerse a todo, y por encima de todo pensar en nuestra España, de la que recientemente ha dicho el inmenso Marquina:

En mi España materna,
soterrada, agua pura, sensitiva y honda,
que gime en la cava cisterna
esperando al que escuche su llamada y responda.

Aunque sean muchos, prescindamos en estos momentos de los millones que cuesta nuestra actuación en Africa. Ya no es cuestión de oro, es cuestión de sangre. No se trata de batallas, ni de derrotas, ni de triunfos; se trata de amor a los nuestros, de amor al nido común, donde cariñosamente nos empollaron a todos.

Ayer, un «paco» mató a un centinela; un aviador sucumbió al aterrizar; al conducir un convoy, una bala perdida atravesó el corazón de

un soldado; dos moros, parapetados detrás de unas chumberas, mataron a un teniente que recorría unas alambradas...

Es uno el que sucumbe, pero para aquel hogar donde nunca más volverá, ha sucumbido todo. Son casos aislados siempre, pero diarios, y esos casos, que al día suman unidades, al año suman miles de hombres, y España se desangra, y el luto acabará por ser nuestro uniforme nacional.

Dijo La Bruyère que «el guerrero y el político, así como el jugador hábil, no crean el azar, pero lo preparan... y saben aprovecharlo cuando llega». Este es el momento de aprovecharlo, ya que una enseñanza dolorosa lo ha puesto al descubierto. Este es el momento en que la prudencia y la discreción aconsejan que lo más práctico sería establecerse en una sólida base y ensayar el protectorado, para que los moros rebeldes se dieran cuenta perfecta de las ventajas que les reportaría la sumisión, y sin nosotros tener «necesidad de ocupación militar», ya que la experiencia ha demostrado que el 11 y el 13 ella fué la que encendió la guerra.

Hecho esto, de la zona sólidamente pacificada podrían retirarse armas y disminuir gastos y esfuerzos, quebrantos y vidas.

Del amor propio ante las grandes catástrofes

debe prescindirse; además, que nuestro ejército, escribiendo con sangre las páginas del desquite, ha logrado y sostenido todos los objetivos que se había propuesto, y por lo tanto, es dueño de proceder sin prejuicios y elegir el mejor sistema, que indudablemente es ir al protectorado.

Esta es mi opinión sincera; si no acertada, por lo menos ofrece la garantía de su desinterés individual. La siguiente confesión es mi espaldar. Mi dolor es el de los demás. Yo no tengo hijos, de modo que únicamente hablo como español.

Esta es mi opinión, y la de la mayoría del pueblo que sufre y piensa, de ese pueblo que adora y muere por su bandera, porque sabe que está teñida con sangre de sus mártires y que a ella han ido a parar los rojos colores de nuestras granadas, de nuestras fresas y cerezas soleadas, de nuestros mágicos claveles reventones. Que tiene franjas de oro porque lo recibe de nuestro Sol, de las manzanas norteñas y los vinos andaluces, de las naranjas mediterráneas y de las espigas castellanas.

Alvaro Barthou.»

Que perdone el lector todas las torpezas que contenga la anterior crónica, publicada hace cerca de diez años, y que las perdone en gracia de

que se trata de un artículo de encargo—los más difíciles de escribir—, porque a mí, que se siguiera o se abandonara Marruecos, me tenía y sigue teniéndome sin cuidado, y que únicamente la he reproducido, porque mi propósito al escribir este libro es puramente dar a conocer anécdotas del general, y el episodio de esta crónica lo he creído interesante para sus historiadores.

MAS ABANDONISMO

Publicado el anterior artículo, *A B C*, el periódico del nunca bastante llorado don Torcuato Luca de Tena, me hizo el alto honor de ocuparse de él, lo que fué motivo para que yo escribiera una segunda crónica, inspirada también por el Dictador, y que es la siguiente:

«*España en Marruecos.—Ahora o nunca.*

El prestigioso *A B C*, con alteza de miras digna de todo elogio, se une a la campaña iniciada en estas columnas con el artículo titulado «La voz del pueblo».

Esto, y las innumerables cartas recibidas, apoyando nuestra idea, nos hacen perseverar en ella.

Sólo en un punto no estamos conformes con

el gráfico colega, y es cuando opina que a los moros hay que facilitarles «instrucción, educación, asistencia médicofarmacéutica, aperos de labor, semillas y elementos de bienestar».

No estamos conformes porque sabemos, con gran sonrojo de nuestra parte, que en España más del cincuenta por ciento de la población es analfabeta, y, por lo tanto, nos parece más lógico que esa instrucción y educación se empleen dentro de casa.

Y respecto a lo otro, que hay que facilitarles, no podemos menos de acordarnos de las Hurdes y Monegros, donde, por las noticias que nos traen los periódicos, no sobra nada y falta todo.

Distanciados sólo en este punto de vista, por lo demás estamos de acuerdo, como lo está España entera, que derribaría de buen grado muchos edificios que hay en Africa, construídos con un amasijo formado con cal de esqueletos y sangre de españoles.

La patria y el bien común se imponen. Hay que prescindir de egoísmos y ambiciones. No nos cansaremos de repetirlo.

Allí no hay más solución que ir al Protectorado, y sostenerlo y extenderlo con el máximum de economía en todos los sentidos. La frase que se atribuye a Cánovas, «en Cuba hay que sacrificar hasta la última gota de sangre y la última

peseta», nos dió muy mal resultado. Más funesta, en todos los órdenes, no pudo ser. Hubiera sido preferible que hubiese imperado el criterio de Prim o el de Pi y Margall en lo que se refería a la bella isla.

Nuestro Ejército, servidor de la patria que meció en su cuna al Quijote y a quien dió su medula y su sangre, está completamente compenetrado con el pueblo. Hoy más que nunca, porque ambas colectividades se han dado cuenta de que su colaboración era imprescindible. El pueblo necesitaba de la fuerza, y el Ejército necesitaba de la opinión para aureolarse con destellos de justicia.

Por eso, nosotros aguardamos que el general Primo de Rivera, por sus conocimientos del problema de Marruecos, por su tradición y sus discursos es el llamado a resolver y nos dé la solución apetecida.

Cuentan en Méjico, que cuando fué condenado a muerte el emperador Maximiliano, Lerdo de Tejada, ministro en aquel entonces del Gabinete que presidía Benito Juárez, llevó la sentencia a la firma del Presidente, y que éste, después de leerla, quedóse con la pluma en la mano titubeando, y entonces, Lerdo de Tejada, comprendiendo que aquella indecisión podría costar la vida de la Patria, dijo imperativamente:

—«Señor Presidente: ¡ahora o nunca!», y Benito Juárez, el gran reformador, que ha pasado a la historia con el calificativo de «Benemérito», puso su firma al pie de la sentencia que hizo rodar por el suelo, después de una descarga, al emperador Maximiliano, y por cuya descarga, Méjico recobró su soberanía.

Esta anécdota, de la época en que el gran Zorrilla recitaba versos por tierras aztecas, la he oído de labios de los hijos de Moctezuma, por aquellos lugares ubérrimos y floridos, y al acudir a mi memoria, me da ánimos para dirigirme con todos los respetos debidos al general Primo de Rivera, y, por lo tanto, al Directorio, y creyendo interpretar el sentir de la opinión, decirle:

—Señor Presidente: de todos los beneficios que haya podido reportar a España la actuación de su Gobierno, ninguno puede compararse al de solucionar esa pesadilla de Marruecos.

Su honroso uniforme, su prestigio y su desmedido patriotismo—si el patriotismo tiene medida—deben unirse y robustecerle para afrontar el acto más humano y democrático, de su vida de español y de estadista.

Son millones de madres las que lo desean. Los que le han ovacionado, a título de redentor, en Madrid y en Barcelona, en Bilbao y en Valencia,

en Andalucía y en Segovia. Es España quien lo pide.

Los Gobiernos que le precedieron no pudieron hacerlo.

Los que le sucedan, menos todavía.

Este es el momento.

Señor Presidente: ¡Ahora o nunca!

El cronista que esto suscribe no tiene la talla de Lerdo de Tejada para dirigirse a un Presidente; pero exhibiendo su penacho de españolismo, se atreve a pedir respetuosamente audiencia...

Alvaro Barthou.»

Con el pensamiento que se desprende de esas crónicas, fuimos a Africa en julio. El Presidente del Directorio, después de pulsar la opinión del Ejército y la de los legionarios, en una comida que nos dieron en su campamento—testigos: Emilio Herrero y Díaz Casariego, entre otros—, por lo visto cambió de idea, lo que demuestra que sabía hacerse cargo de las realidades.

COMIDA MORUNA

Después de un viaje a Alcazarquivir, en pleno mes de julio, donde se *disfrutaba* de una temperatura digna del infierno, emprendimos, a las ocho de la mañana—Primo de Rivera madrugaba mucho—, el viaje de Larache a Arcila, uno de tantos feudos del Raisuni.

Atravesamos la carretera, rodeada de tierras incultas y feraces, salvo algunas plantaciones de maíz, raquítico y sediento, y nos fijamos que en Africa, el ganado en todos los órdenes es pequeño: los cerdos y las gallinas, los bueyes y los asnos; que únicamente ostentan gran desarrollo, los hombres.

Los generales Primo de Rivera y Aizpuru iban delante, a noventa por hora, y, claro, los del séquito teníamos que ir a la misma velocidad.

Antes de entrar en Arcila, ya empezamos a ver moros montados a caballo y armados hasta los dientes. Esa exhibición, ese alarde de fuerzas, parecía decirnos: «¡Fíjate!»

¡Qué gran error fué antes del 1923 armar a los moros y darles dinero! El Raisuni solamente, tenía más de diez mil moros armados, y todos con el dinero de España.

En cuanto llegamos, el hijo de aquel bárbaro, un mozo con cara de niña, que contaría unos dieciséis años, nos condujo al palacio de su padre, que en aquel entonces habitaba un individuo de su familia. El morito aniñado y simpático, que llevaba agujereado el pabellón de la oreja derecha, como para colgar un pendiente, se puso a conversar, por medio de intérprete—pues no sabía español—, con el general Primo de Rivera.

El palacio, realmente era un verdadero palacio. Habitaciones amplias, en las que los azulejos multicolores de las paredes y de los techos, jugueteaban con los rayos del sol. Un gran mirador al mar, cuyas olas lamían los cimientos de la mansión. Nos enseñaron todo el edificio, a excepción del harén y las mazmorras, y nos sentamos, como Alá nos dió a entender, en aquellas colchonetas tan incómodas. En un ángulo, una orquesta formada por un par de violines,

dos bandurrias, una pandereta y un tambor, hacía las veces de *jazz-band*, en aquella comida moruna, que, como todas las de los moros ricos, era a base de pastel de gallina, pollos y carnero.

Los esclavos, descalzos, iban y venían atendiendo a los invitados.

El comedor era amplio, con dimensiones de sala de juego. Resultaba una brillante nota de color, vernos a todos nosotros tumbados, y los moros, en gran cantidad, corriendo de un lado para otro con las cazuelas humeantes, de tierra cocida, metidas en recipientes de plata.

Siguiendo la costumbre moruna, tuvimos que comer con los dedos. Allí no se usa el cubierto para nada, y en seguida pensamos, que habiendo adoptado algunas costumbres europeas, con permiso de Mahoma, podían haber introducido el uso del cubierto en los ágapes. Estaba pensando en esto, cuando Primo de Rivera, de quien estaba yo bastante lejos, me envió, por medio de Polo, una tarjeta en la que había escrito lo siguiente: «Eres un mal educado. Nunca más te invitaré a ninguna parte, porque me estás poniendo en ridículo. Eso de comer con los dedos es una falta de urbanidad.»

Emilio Herrero, hoy jefe del Gabinete de Prensa del Presidente de la República, y amigo que estimo mucho, estaba a mi lado y rió conmigo la

ocurrencia del general, que únicamente perdía el buen humor, cuando le contrariaban, lo que a un gobernante que no sea desaprensivo le suele ocurrir muy a menudo.

Después del pastel de gallina, ricamente condimentado, empezó el desfile de carnero guisado de modos distintos: con huevos, con piñones, con pasas, con aceitunas..., y todos esos platos de carnero, alternaron con otros tantos de pollos asados y fritos, cazuelas de albóndigas, el clásico *cuzcuz*, pastas de veinte clases... Bueno, como para estar a régimen.

Perdonamos la carencia de platos y cubiertos en gracia a que nos dieron vino, champaña y coñac.

Por lo visto, Mahoma había anulado aquel día la ley seca.

A media tarde regresamos a Tetuán, donde estuvimos el tiempo preciso para recoger el equipaje; de allí nos trasladamos a Ceuta, y asistí al banquete que todas las clases sociales ofrecían al presidente del Directorio, como prueba de adhesión y afecto, y a las doce de la noche embarcamos en el cañonero *Cánovas del Castillo*, que tenía que conducirnos a Melilla.

Hacía una noche deliciosa, que invitaba a estar sobre cubierta; yo estaba rendido; el gene-

ral me propuso jugar un tute, y al decirle que quería descansar, repuso:

—Ni que hubieses ido a pie. Todo lo hemos recorrido en automóvil y en tren, y ahora ya estamos en un barco. No servirías para militar. Eres un mal soldado.

—Sí; para que no lo fuera—dije yo—mi padre pagó mil quinientas pesetas.

—Hizo bien. Decididamente, los escritores no servís para nada. Anda, vete a acostar, que mañana será otro día.

Yo bajé a mi camarote y él se quedó sobre cubierta. Pidió un block al teniente coronel Ibáñez y un lápiz, y empezó a escribir como si tal cosa.

A la mañana siguiente, pasamos junto al *España*, embarrancado, y al cabo de una hora llegamos a Melilla, en cuyo muelle el general Sanjurjo y otras personalidades, Ejército y pueblo, saludaban al presidente del Directorio. Echamos pie a tierra. Melilla, para la inmensa mayoría de españoles, es una palabra ingrata. Nos parece que cada letra está escrita con sangre. Encontramos la población muy alegre, no hay duda; la mayoría de las casas pintadas de blanco; pero a mí se me figuraban rojas, muy rojas.

Primo de Rivera seguía con la obsesión de abandonar Marruecos, y en este viaje, que fué de pura observación sobre el terreno, para tan-

tear a unos y a otros, como ya he dicho en otro capítulo, notó que una gran parte del Ejército se proclamaba en contra del abandono, y esto le tenía muy contrariado. Regresamos a España, desembarcando en Almería, donde oímos una misa de campaña en el muelle, y almorzamos invitados por el alcalde de aquella población.

A la mañana siguiente, llegábamos a Madrid.

LA EVACUACION DE XAUEN

El día de mi santo, el general vino a felicitarme a Alcalá. En aquella noche agostina, clara y fogosa, después de cenar, paseándonos en mangas de camisa por debajo del emparrado, entre otras cosas me dijo:

—Me parece que tendré que irme a Africa.

—¿Y eso?—repuse yo.

—Aquello se está poniendo muy feo, y ya sabes que uno de mis compromisos con el país, puede que el más sagrado, es solucionar ese problema, que es la ruina de España.

A los pocos días yo venía a Madrid, y me fuí, como de costumbre, al Ministerio de la Guerra. En el cuarto del general, estaba Polo, su ayuda de cámara, arreglando el equipaje.

—¿Qué haces?—dije al fiel servidor.

—Pues ya lo ve usted, don Jacinto, que esta tarde nos vamos a Africa.

Yo le acompañé. Iba en calidad de corresponsal de guerra del periódico *El Imparcial*, que en aquella época dirigía Ricardo Gasset.

Realmente, Marruecos estaba muy mal. La población civil había abandonado Tetuán, refugiándose la mayoría en Ceuta. Los picos de Gorgues estaban en poder de los moros, y desde allí tiroteaban a la plaza.

El general Aizpuru fué relevado en su cargo de Alto Comisario; regresaba a España, sustituyéndole Primo de Rivera, que empezó levantando el espíritu del Ejército, algo decaído por una serie de reveses, hijos de un plan de campaña absurdo.

En aquellos días fué cuando uno de sus ayudantes, el capitán Cuerda, hombre inteligente y bueno como pocos y de una lealtad acrisolada, propuso que al general, sus amigos le llamáramos el Prior. La explicación que daba el simpático capitán, era muy sencilla:

—El edificio de la Alta Comisaría—decía—parece un convento; además, no hay mujeres, todo está servido por hombres, y hombres solos somos los que la habitamos; don Miguel es la máxima

autoridad, pues le encaja divinamente el papel de Prior.

Y Prior le quedó hasta su muerte, y sus íntimos ya no sabíamos nombrarle de otra manera, al extremo que Polo, cuando tenía que hablarme algo por teléfono, me decía:

—Me ha dicho el Prior que a las siete le espera.

Y Delgado Barreto, ese hombre-mosca, ese formidable periodista, de una capacidad de trabajo como no he conocido otra igual, me preguntaba cuando nos encontrábamos:

—¿Qué dice el Prior?

Los legionarios, al mando del hoy general Franco, desalojaron a los moros de Gorgues. Este fué el primer episodio, que culminó con la gloriosa toma de Alhucemas; pero Primo de Rivera empezó a encanecer. Apenas los primeros rayos solares permitían observar algo de la lejanía, ya estaba el hombre con sus prismáticos en la azotea de la Alta Comisaría, escudriñando cuanto podía abarcar.

Trabajador infatigable, no descansaba; incluso sus famosas siestas, la mayor parte de los días se veía precisado a suspenderlas. Comunicaba con las posiciones y con Madrid a cada momento, repartia órdenes, recibía infinidad de visitas y tenía muchas consultas.

No fué un solo día al teatro; no salió una noche de casa. Unicamente alguna vez, después de cenar, jugábamos una partida de billar en la mesa que había antes de entrar en su despacho.

Un mediodía me encontré a Polo en la Plaza de España y me dijo:

—Ande, don Jacinto, acompáñeme usted, que voy a comprar una corbata para el Prior.

Como casi todas las corbatas que usaba el general, yo se las regalaba, porque, según él decía, para eso tenía yo buen gusto, creí que Polo quería que lo acompañase para elegirla, y cuál no sería mi sorpresa, que al entrar en la tienda de aquel judío que hay a la izquierda de la Alta Comisaría, Polo me dijo:

—Es una corbata kaki, porque es para el uniforme.

No recuerdo si costaba dos pesetas o diez reales; pero al saber la baratura, le dije a Polo que le comprara dos, y éste lo hizo.

Llegó el ayuda de cámara con las dos corbatas a la residencia del general, y al explicarle que yo era el culpable de que en vez de una, le hubiese comprado dos, le reprendió malhumorado, diciéndole:

—Dile a Jacinto de mi parte, que cuando quiera gastarse dinero en corbatas, se gaste el suyo.

Yo no he conocido en todos los días de mi

vida, a un hombre más económico, ni más enemigo de los gastos superfluos.

En Tetuán nos aburríamos de lo lindo, los que no teníamos que salir a operaciones, ni ninguna responsabilidad que temer.

Tetuán, según dicen, es muy típico; pero es que yo le tengo horror a eso, porque ha dado la casualidad, que todo lo típico lo he encontrado siempre muy sucio, y a mí la mugre me gustaría que, en vez de ser venerada, fuese castigada por la ley.

Todo lo ocupado, ocupadísimo, que estaba el general, en mí era desocupación, y mis compañeros saben muy bien, que esas corresponsalías de guerra dan muy poco que hacer, y los que hablan de sinsabores y privaciones, es para darse postín y ver la manera de que, por haber sido testigo presencial—testigo presencial desde el cuarto del hotel—puedan editar un libro cuyas páginas huelan a pólvora y sepan a rancho, y entretengan a ese sector de lectores que tanto gusta de los asuntos escalofriantes. El periodista, en la guerra únicamente hace literatura. Por sí mismo no se entera de nada. Las noticias ya hay quien se cuida de dárselas escritas a máquina, y todo lo más que hace, es llevarlas al telégrafo.

Mi aburrimiento, como he dicho antes, se acrecentaba con mis paseos por el barrio moro y el

barrio judío. Yo, que tanto he viajado, no conozco mayor tormento que el de estar en un lugar inferior al que uno está acostumbrado a vivir. Larache, Arcila, Alcazarquivir, todavía son más aburridos que Tetuán. Melilla es más limpio, mejor urbanizado, pero nada interesante.

Un anochecer que estaba en el cabaret que hay en los bajos del teatro, donde la clásica tanguista, madrileña ella, me contaba sus nostalgias de la calle de Alcalá, la enfermedad de su madre, el encarcelamiento de su padre, la anemia de su hijo, que lo tenía criando en Torrejón de Ardoz, la deslealtad de su novio, que se había ido a vivir con una casquera de la plaza de la Cebada, y otras alegrías por el estilo, con las que generalmente acostumbran a amenizar la conversación esas desventuradas, que por diez pesetas diarias, las obligan a beber y a hacer beber, se presentó Polo, diciéndome:

—El Prior quiere que vaya, que es urgente.

Llegué a la Alta Comisaría, y entré al despacho del general, que estaba solo, con los lentes y llenando cuartillas.

—Mira—me dijo—, toma estos apuntes; total tienes que rehacerlos algo, casi nada. Vamos a evacuar Xauen, ya que su sostenimiento es una ruina. Con estos datos haz la crónica para *El*

Imparcial, porque conviene que en Madrid sepan el motivo del repliegue.

Cogí las cuartillas, escritas con lápiz—Primo de Rivera escribía siempre con lápiz—, y sin apenas retocar nada, titulé la crónica: «Pueblos de maldición»; la firmé y la envié a *El Imparcial*.

En ella yo sostenía, mejor dicho, sostenía el caudillo, que la ocupación de Xauen era una ruina, y numéricamente demostraba, los millones de pesetas que había costado, y los miles de vidas que se habían perdido.

A los cinco días de haber enviado la crónica, Primo de Rivera me dijo:

—¿Oye, qué ha pasado que todavía no han publicado la crónica?

—No sé—dije yo—; puede que por exceso de original, por conveniencias de ajuste...; pero, en fin, voy a poner un telegrama a Ricardo preguntando el motivo.

Así lo hice, y por toda razón el director de *El Imparcial* me contestó: «Crónica no salió porque censura tachó desde el título a la firma.»

Rico era entonces el censor. Se le telegrafió, y al día siguiente aparecía la crónica que tanto le interesaba al general, por tratarse del repliegue de Xauen, que dió motivo a que el conde de Romanones hablara de la medianería, sin darse cuenta que ese movimiento bélico que, hay que

confesarlo honradamente y con dolor, costó millares de víctimas, fué el prólogo de la toma de Alhucemas, el factor principal para que Francia nos ayudara, lo que demuestra que Primo de Rivera, además de militar, era un gran psicólogo y estaba muy bien enterado del engranaje internacional.

DE COMO REDIMIO A UN HOMBRE

Por un encargo que me hizo el general, en noviembre del 24, tuve que volver a Xauen, la *Ciudad Sagrada,* como la llaman los moros, pero que a mí nunca me ha interesado, porque, aunque yo no he perdido en Marruecos, ningún familiar, aquellas tierras me son absolutamente antipáticas. No me gustan los zocos, ni las chilabas, ni las espingardas, ni el té con hierbabuena y azahar, ni fumar kif.

Cumplido el motivo de mi viaje, y aguardando el regreso, para el que todavía tenía que esperar una hora, entré en una taberna o cantina, donde toda mugre tenía su asiento, y en la que lavaban los vasos en un cubo, y el agua no se renovaba. Allí había un legionario catalán. Lo noté en el

acento, ese acento tan censurado, a pesar de que los gallegos, andaluces, valencianos, etc., también tienen el de la región a que pertenecen.

Ese aburrimiento africano—y conste que he estado en Nicaragua y en Honduras—me obligó a dialogar con mi paisano, que llevaba el uniforme hecho jirones, y en cuyo rostro se adivinaban huellas de balazos y cuchilladas, de úlceras y de paludismo.

Había nacido en Badalona. Sus padres fueron ricos, y lo educaron como a un señorito que era. De todas sus lecturas le quedaba grabada en la memoria, la frase de Anatole France, que pone en labios de Jerónimo Coignard: *La autoridad es la violencia organizada*. La aprendió de adolescente y seguía repitiéndola. Murieron sus progenitores y heredó. Oyó hablar de un París grácil y alocado, y entre los brazos de «la Commère», del «Concert Mayol», soltó la herencia tranquilamente, como el que deposita una carta en un buzón. «La Commère» se la gastó con Donetti, un bailarín italiano, que había ido de pareja con la sexagenaria Mystinguette. Los últimos francos, los que le giraron, producto de la venta de su casa solariega, los invirtió en gran parte, en pagarle a Madelaine—«la Commère» se llamaba Madelaine—una operación que le hicieron en el hospital Auvert.

Al verla envuelta en una sábana, bajo la acción del cloroformo, en aquella fría sala de la calle de Richelieu, sin duda se acordaría de los versos de Enrique de Mesa:

> Te entregué un alma que no mereces,
> tan sólo a cambio de tu escultura.

y sintió deseos de que no retornara a la vida, un afán salvaje, para que no fuese nunca más de otro. Pero Madelaine curó, y volvió a acariciar a su *gentil* Donetti, mientras el pobre legionario, humillado y vencido, pensaba en morir o matar.

El importe del alfiler de corbata y su sortija, regalo de su madre, lo dejó en Montecarlo, obstinado en que se duplicara el cero.

Regresó a su pueblecito costeño, simpático y soleado, con su límite playero, como regresa un náufrago. Parientes y amigos negaron el saludo al réprobo, que llegaba pobre, arruinado, de una ciudad donde el vicio tenía su mejor palacio. Acordóse de la sentencia del sabio griego: «Hazte amigos en la prosperidad y pruébalos en la desgracia».

Si no arrepentido, se fué dolido a Barcelona. Metióse en negocios y lo engañaron, al extremo, que el amigo que consideraba más fiel, con malas artes le arrancó la firma, y lo procesaron por es-

tafa. Demostrada su inocencia, lo absolvieron. Aquella misma noche, para celebrar el fausto acontecimiento, se fué al cabaret del Palace a tomar un whisky. En el teatro representaban *Zig-Zag;* «la Commère» era Madelaine. Al verla, pidió más whisky. Ella, al notar la presencia de su antiguo amante, besó a otro hombre, y al legionario se le fué la vida tras aquel beso, que creía suyo..., y sin saber cómo, pinchó e hizo sangre... Después... lo libertaron, y pasó hambre ; su espíritu y su cuerpo atravesaron épocas de calvario. Envilecido, se metió a pistolero. No mató porque no fué designado ; a serlo, hubiera matado.

—La vida es así—me dijo—, y como es así, no le quepa a usted, de que no vale lo que cuesta.

Vino el desastre del 21, e ingresó en la Legión, buscando un Jordán para sus culpas de amor, y un «pacazo» para su vida joven y trágica.

Había tomado parte en cien combates, y las balas rifeñas no podía con él : lo herían, pero no le mataban. A primera vista, daba la sensación de una piltrafa de hombre, de un despojo humano.

Entre copa y copa de aguardiente, aquel espíritu moldeado en las lecturas del glorioso autor de *La rebelión de los ángeles* me decía :

—Es cierto que los soldados nos jugamos la vida, pero no es solo vida el hecho de vivir ; tam-

bién es jugársela exponiéndose al deshonor y a la cárcel. Hay quien bordeando el Código llega a millonario, y otros a presidio. Como en los campos de batalla, en la vida social hay laureadas y fortalezas de castigo. La audacia y la suerte unidas, proporcionan muchas recompensas.

Lo que más le desesperaba, era pensar en si un día se resolvía el problema de Marruecos.

—¿Qué haré?—decía contristado—. ¡Si tuviera la suerte de que en algún repliegue me mataran! Pero, por lo visto, las balas matan menos que algunas mujeres y los amigos desleales...

Y llenando los vasos de aguardiente, añadió:

—Vamos a tomar la penúltima.

—¿La penúltima?

—Es que la última es la que se toma antes de morir, y hoy, desgraciadamente, no hay combate...

Llegué a Tetuán y le di cuenta al general de mi viaje y de mi estancia en Xauen; le expliqué la conversación que había sostenido con el legionario. Le interesó el episodio, y lo mandó a llamar.

Primo de Rivera, que era un hombre sencillo y cordial hasta la exageración, yo no sé qué tenía, supongo que por su prestancia o por su cargo, el caso es que infundía mucho respeto a cuantos iban a hablarle.

El legionario, aquel hombre que lo había sido todo : rico y pobre, honrado, y después pistolero, que no le temía a las balas ni a las muerte, delante del general temblaba como un chiquillo, y apenas podía articular palabra.

El Alto Comisario le puso la mano en el hombro diciéndole :

—¡ Sosiégate ! Ya me han contado tus aventuras—y dándole un billete de cien pesetas añadió— : Toma, y nada de pensar en morir ni en que te maten. Ahora te quedas aquí, ya veremos que se hace de ti ; pero cuando te licencies, piensa, que los hombres únicamente se redimen por medio del trabajo.

El legionario quería besarle la mano, y el general la retiró diciendo :

—No, que todavía no he llegado a obispo...

El 16 de marzo de este año, me encontré en la Sacramental de San Isidro a aquel legionario, aseado, de mejor aspecto, rezando ante la tumba de su salvador, que lo había redimido.

SU CULTURA

No era hombre de gran cultura, pero tampoco inculto al modo que lo adjetivaban nuestros intelectuales, nuestros intelectuales, que después de tantos años de escribir, no he podido saber quiénes son, ni lo debe saber nadie, porque el otro día, almorzando con mi fraternal amigo Manolo Bueno, le pregunté:

—Oye, Manolo, ¿tú sabes quiénes son los intelectuales?

Y el mejor cronista español me contestó:

—Los reporteros de sucesos de los periódicos.

Su carácter, excesivamente sincero, le acarreó algunas enemistades. Nunca quiso halagar a los periodistas, porque no eran santos de su devoción; pero sentía un verdadero afecto por don

Torcuato Luca de Tena, a quien, al formar el Gabinete de la Dictadura civil—no sé si llegó a ofrecérselo—, pensaba nombrar ministro.

Su novelista predilecto era Alarcón; sus poetas: Campoamor y Bécquer; de Benavente lo que más le gustaba era: *Los intereses creados*; de lo cómico, nada; y su artista favorita, Pepita Díaz de Artigas.

Como antes de llegar al Poder, pensó más en divertirse que en estudiar, sus conocimientos literarios resultaban algo pasados, pero los suplía con su enorme instinto y su gran listeza.

A veces, cuando yo le hablaba de alguna obra recién aparecida, él solía decirme:

—¡Dichoso tú, que tienes tiempo de leer!

Y prueba de que no desdeñaba el ilustrarse, es que al publicar Cambó su libro: *En torno al fascismo italiano,* se lo envié a Africa, con unos comentarios que yo escribí al margen de algunos párrafos, y a los pocos días, recibía la carta que seguidamente copio, que, como de todas las que cito, conservo el original:

«Tetuán, 13-3-25.—Amigo Jacinto: Mucho te agradezco el libro de Cambó, que he releído, pues contiene muy útiles y perspicaces enseñanzas y observaciones. Me han hecho mucha gracia las acotaciones. El infame tiempo que *disfruta-*

mos ha favorecido la ocasión de dedicar un rato a la lectura, pues ni de día ni de noche se puede salir, lo que me hace pensar constantemente en la vida dura y de penalidades que llevan nuestros bravos soldaditos.

Muchos recuerdos a tu casa y sabes es tu afectísimo amigo, *Miguel.*»

El 15 de noviembre del 24 me escribía:

«Querido Jacinto: He leído tus crónicas en *El Imparcial,* que encuentro muy bien. Celebro que a tu llegada hayas encontrado a la familia con salud y a Madrid simpático, aunque poco frívolo, en eso de inventar infundios.

Aquí empieza ahora la *quincena grande,* pues en ella me propongo ultimar la *primera parte,* o sea término del repliegue y situación en líneas de combate de los elementos replegados, y luego, si Dios quiere, quince días de reorganización, y para el 15 de diciembre empezar a licenciar gente del tercer año. Si no hay grandes contratiempos, pues dificultades no han de faltar, me consideraré afortunado y feliz.

Recuerdos, y es siempre tuyo y buen amigo, *Miguel.*»

Todos los documentos que poseo, y que forman un valioso archivo—pues entre ellos hay la

última nota oficiosa que publicó como Presidente del Consejo—, están escritos de su puño y letra, pues Primo de Rivera sólo confiaba a la máquina, las cartas de cortesía o los documentos oficiales.

Trabajaba mucho, demasiado. Se acostaba regularmente a las tres de la madrugada, y a las ocho de la mañana ya estaba en pie. A esta hora acostumbraba a irle a visitar Martínez Anido, el ministro con el que tenía más intimidad, por haber sido compañeros hacía muchos años. Era muy amante de su familia ; cuando no estaba invitado por la noche, o no almorzaba a las once en su despacho del Ministerio, es que comía con sus hermanas e hijos, en su casa de la calle de Los Madrazo.

Poseía un hotel en Chamartín, que hoy lo habitan sus herederos, y que en aquel entonces lo tenía alquilado a un colegio, cuya renta le producía seiscientas pesetas mensuales, que iba a cobrar Polo, y de ellas, pagaba éste los pequeños gastos del general, presentándole las cuentas a fin de mes. Por cierto, que en una ocasión que el Dictador dió un almuerzo a sus ministros, en el comedor del Palacio de Buenavista, guisado por Matilde, la esposa de Polo, al presentarle éste la cuenta, se fijó en una partida de veinte

pesetas, y al pregutar el general el origen de la cantidad, el ayuda de cámara le contestó:

—Son los dos camareros de Molinero, que pedí para que sirvieran la mesa.

A lo que añadió el Presidente:

—Pues de hoy en adelante, cuando haya otra comida, llamas a uno nada más, y sirves tú con él.

Esto es lo que jamás pude entender, ni creo que entienda nadie, que un hombre mundano y nada egoísta, fuese económico hasta la exageración.

Era agudo de frase, y, como toda alma noble, no vacilaba en rectificar; por esto tuvo enemigos políticos, pero personales, ninguno, porque era incapaz de hacer daño a nadie, ni de lucrarse con negocios favorecidos al socaire de su influencia.

Ya hace más de tres años que dejó el Poder; se ha hablado mucho de responsabilidades; pero ni a él, ni a sus honrados compañeros de Gabinete, se les ha podido demostrar la más mínima deshonestidad.

Es de creer que no habrá sido por falta de ganas en los enemigos, que tanta austeridad nos están demostrando.

SUS TEORIAS

El verdadero Primo de Rivera, no era el que conocían las multitudes, ni mucho menos, y es que a los gobernantes, por sencillos que sean, no se les puede separar completamente de la aparatosidad que los rodea.

La parte más simpática del general, era su espontaneidad de frase y de juicio. Comentando un robo que se cometió en un hotel de las afueras, y al hablar del ladrón, a quien tuve que conocer, porque deberes informativos me obligaron a ello, me dijo un día:

—Te advierto que el ladrón es una gran necesidad industrial y social.

Quedé un poco perplejo, ante la afirmación de quien encarnaba en España el principio de auto-

ridad; pero el Dictador, pronto me sacó de dudas, diciéndome:

—Tenlo por seguro. Todo lo que existe es que tiene razón de existir. El gorrión perjudica a los sembrados, porque diezma el grano, pero come tal cantidad de insectos, que beneficia con creces a la agricultura. Da más de lo que hurta. Los ladrones también. Haz una estadística de lo que entre todos ellos roban en un año y valúalo, y después haz otra, de lo que ganan millares de ciudadanos por no decir millones, gracias a los primeros. Sin ladrones, la Guardia civil, la Policía, muchos jueces y autoridades, estarían de más, y no se fabricarían llaves, ni cajas de caudales, ni puertas, ni cerraduras... ¡Cuánta gente desocupada! ¡Qué desastre! ¡Si todos los ciudadanos cumplieran la ley, la gente que se quedaría sin comer!

Referente al amor, únicamente lo comprendía al modo *becqueriano*; era un gran romántico, y creía en la flor mustia entre las hojas de un libro, y en la misiva perfumada, con todos los lugares comunes propalados desde la época del poeta sevillano, hasta que los borró el «nuevo estilo», que ha convertido a la mujer en un camarada más, con el que nos partimos los pitillos y la merienda en el *Aquarium*, aunque las delicias del hogar se derrumben.

Primo de Rivera se casó, como a mi modo de ver deben casarse todos los hombres, completamente enamorado, y daba la explicación en las siguientes palabras:

—Jamás he podido comprender cómo se pueden casar dos seres sin amor. Si la boda tiene por toda finalidad un motivo de interés, la catástrofe es inminente, porque si en las sociedades mercantiles, el rompimiento entre los socios es frecuente, calcula tú tratándose de hombre y mujer, que van a tener que vivir mientras los dos existan, bajo el mismo techo. Al matrimonio únicamente se debe ir por el camino del amor, y el que así no lo haga, fracasará siempre. Ya llega el tiempo en que la carne, satisfecha, mata al deseo; pero entonces es cuando queda el cariño, que es el rescoldo de la llama que prendió al mismo tiempo en dos corazones. Una boda sin esa iniciación, es el mayor de los desastres; es como si en un banquete, hicieran empezar el menú con una taza de café.

Y es que el Dictador, aparentemente de carácter frívolo, por los antecedentes típicos de *señorito andaluz*, era un hombre que sentía una muy firme devoción para muchas cosas tradicionales en España. Era creyente, en todo lo que fueron creyentes la mayoría de los españoles que nacieron durante los últimos lustros del siglo pasado.

Le infundían respeto y admiración una serie de cosas, de hombres y de costumbres que hoy se toman a chacota. Sus consejos, siempre paternales, eran de una moralidad muy estimable, de esa moralidad aprendida en las viejas maneras de sus ascendientes.

Conmigo no hablaba nunca del Ejército; lo quería con toda su alma, pero no presumía de tecnicismos ni de heroicidades, que no podían prosperar en un hombre sencillo como él.

Era acérrimo enemigo de los lances de honor, lo que no fué obstáculo para que en dos ocasiones tuviera que batirse; y al ser preguntado en qué consistía la contradicción de su criterio con su manera de obrar, contestó:

—También considero ridícula la chistera, y no dejo de ponérmela en los entierros, cuando los demás la llevan; me parece absurdo el desafío, pero mientras no sea abolido de las costumbres, sucumbo a él, como a tantas otras fórmulas y majaderías.

Respecto a socialismo, vayan estas líneas, que el general escribió para *Disertación Ciudadana*:

«El respeto que merece la memoria del más inteligente y patriota de los socialistas españoles, Pablo Iglesias, se funda, en que jamás, mientras dirigió las masas obreras, admitió la actuación por la violencia ni la producción merma-

da y deficiente por parte del trabajador, que debe poner su orgullo en serlo tan eficiente como sus camaradas más capaces, sin abandonar por ello todo lo que de humano y de justo hay en sus aspiraciones, y sin caer en el individualismo egoísta de desentenderse del interés de clase, a cuyo abandono, otro interés y otro egoísmo, aglutinados por la ignorancia, responderían con la explotación.»

¡Si levantara la cabeza!

LA AFICION A ESCRIBIR

Tenía una gran afición a escribir. Las notas oficiosas, que tanto le han criticado, y de las que, desde luego, llegó a abusar, eran un magnífico exponente de su carácter, abierto, franco. No podía estarse quieto; el menor detalle le impelía a la expansión, y en seguida cogía el lápiz y lo trasladaba al block, de donde arrancaba las cuartillas.

El motivo de escribir con lápiz, cuyo ejemplo muchos seguimos, lo explicaba en esta forma:

—Yo escribo con lápiz, porque es más rápido y más limpio. No se pierde el tiempo en mojar la pluma, ni en tener que quitar ningún pelo, ni se hacen borrones, ni se manchan los dedos.

¡Quién sabe si esa misma rapidez le perjudicó! Puede que al haber usado la pluma, no hubiera escrito la nota oficiosa que se publicó en los periódicos, el domingo 26 de enero.

Pero su sistema de comunicarse con el país personalmente, no debe ser tan reprobable, cuando no hace muchos días, Lerroux ha dicho a los informadores políticos que van al Congreso:

—Cuando sea Poder, en fecha cercana, tendré con ustedes las mismas expansiones, porque creo que el político se debe a la opinión pública, y conversar con ella por medio de la Prensa.

Las interviús que publicaba *El Noticiero del Lunes,* se confeccionaban por procedimientos distintos. A veces—esto lo saben muy bien Paco Lucientes, hoy director de *El Imparcial,* y Buenaventura Vidal, crítico de *La Nación,* que trabajaban en mi periódico—, eran lo que se dice la verdadera interviú. Iba yo al Ministerio a las dos de la madrugada, cuando el general llegaba del teatro, y allí, en su despacho, sin interrumpirnos nadie, cogía yo un lápiz, e iba tomando notas de lo que me decía. Otras veces, al llegar a la redacción, encontraba un sobre relleno de cuartillas y una tarjeta que decía: «*Hoy no vengas porque he adelantado el trabajo. No te quejarás. Aquí va una interviú completa.*»

También muy a menudo, me enviaba unos

apuntes, con una tarjeta, como esta que a continuación copio:

«*Madrid*, 22-4-25.—*Amigo Jacinto*: *Ahí van apuntes suficientes para una interesante interviú, y los envío temprano para que puedan ser corregidos y epigrafiados convenientemente, pues los puestos por mí no son los adecuados. Tuyo afectísimo*, MIGUEL.»

Recuerdo que en una interviú que hice a base de unas cosas que me dijo por teléfono, puse en boca del Dictador la cita de una frase de San Agustín. Salió el periódico por la mañana, y al ir a visitarle por la tarde, me dijo:

—He leído la interviú. ¿Estás seguro de que San Agustín dijo eso que me haces citar?

—Yo—repuse al verlo muy asustado—no lo he oído, pero sí lo he leído.

—¡Ah, bueno! Porque calcula qué plancha, si no fuera verdad.

Un día, al llegar a la redacción al atardecer, me encontré una interviú completamente hecha, en que trataba asuntos de Hacienda, y una cuartilla en la que me decía que a las dos de la madrugada fuese al Ministerio con las pruebas.

Como los periódicos son hijos del nerviosismo de todos los que en ellos trabajamos, desde

el director, al botones del teléfono, desde el regente al capataz, y no se puede perder el tiempo, a la hora que el general me había citado, para no tener que esperarme, pregunté al Ministerio. Contestóme Martín, el portero mayor, que aun no había regresado. Al poco rato, el chico del teléfono me dijo:

—De parte del señor Presidente, que se ponga al aparato.

Así lo hice, y el Dictador me dijo que no fuera, que únicamente repasara bien las pruebas de la interviú, y que se iba a acostar, porque tenía mucho sueño y estaba cansado.

Faltaba ya poco para cerrar el periódico, cuando Enrique Bausells, el administrador, me preguntó:

—¿No se va usted a acostar?

—De buena gana iría—le contesté—, pero no sé por qué se me figura que el Prior me va a volver a llamar, y si no estoy, mañana me armaría la bronca.

Efectivamente; no pasaron cinco minutos sin realizarse mi presentimiento; por teléfono me decía el general:

—Escucha, léeme el párrafo de la interviú en que habla del patrón oro.

Pedí las pruebas y se lo leí; en seguida, me cortó:

—No, mira, así no ; en vez de eso, pon lo que te dictaré.

Apunté lo que me dictó, nos dimos las buenas noches, y bajé a la imprenta para corregir lo que me había dicho.

Acababa de subir de nuevo a la redacción, cuando otra vez el teléfono y la frase de ritual :

—Lo llama el señor Presidente.

Las palabras fueron estas :

—Mira, lo he pensado mejor ; deja eso del patrón oro como estaba en un principio, y adiós, que ahora sí que me voy a acostar.

A hacer la modificación otra vez. Los redactores, que ya habían terminado sus secciones respectivas, se iban despidiendo, y el número iba a entrar en máquina, cuando de nuevo, la llamada por teléfono.

Entonces me dijo el dictador :

—¿ Ya ha quedado bien eso ?

—Creo que sí—respondí yo.

—Bueno ; pues hasta mañana. Que ahora sí que va de veras, porque te estoy hablando desde la cama.

Eran las cinco de la mañana ; a las ocho, ya entraba en su habitación Martínez Anido.

Ese inquietismo, tan suyo ; ese poco dormir, su temperamento dinámico como no he visto

otro, la meticulosidad en atenderlo todo y a todos, le agrietaron el cuerpo y el alma.

Si hubiera sido un prosélito del *Ça m'est égal,* hubiera vivido muchos años, porque murió a los dos meses de haber cumplido los sesenta; pero su patriotismo no le dejaba vivir. Yo, que le conocía de muchos años antes de ser gobernante, y, por lo tanto, sabía de todas sus andanzas anteriores, era el primer asombrado.

Cuando hablaba de España, se exaltaba con fe de iluminado.

Podrán los cuervos de la asquerosa política picotear en su obra cuanto quieran, aunque no puedan; pero su buena fe, su simpatía, su corazón y patriotismo no se lo regateará nadie, ni sus enemigos, si todavía hay alguno, que, en vista de lo que está ocurriendo, ya deben quedar muy pocos.

LA CAIDA DE LA MONARQUIA

El alma española, que es buena y generosa como ninguna, posee el gravísimo defecto de ser demasiado impresionable. Acogió el golpe de Estado del año 1923, con la misma satisfacción que celebró el cambio de régimen en abril de 1931. Nuestras multitudes son de lo más inconscientes que he conocido. Les gusta la bullanga, el estrépito, el variar. La proclamación de la República en un país en el que apenas había republicanos, es algo insólito en los anales de la Historia universal. El alborozo debióse a que el ochenta por ciento de los españoles, creyó a ciegas, víctima de su insensatez, que no terminaría el mes abrileño de aquel año, sin que todo ciudadano español no tuviera resuelto el problema del

cocido, el mayor ideal de nuestra vida, en esta tierra que los extranjeros, por leyenda, califican de Don Quijote, cuando en realidad es de Sancho Panza.

El golpe de Estado del 13 de septiembre, incruento hasta en sus derivaciones, porque por algo lo dió un hombre enemigo por sensibilidad de todo acto sanguinario, lo recibió el país con espontánea alegría. Si en aquella fecha, Primo de Rivera se propone hacer astillas el trono, lo consigue de un soplo, porque todo estaba a su favor : el Ejército, Cataluña, y la opinión, que andaba buscando al hombre que nos redimiera de tantos desastres, y Primo de Rivera, en vez de derribar al trono, lo apuntaló con su patriotismo y con su audacia, y digo esto, porque creo que se puede ser audaz y patriota a un tiempo.

El criterio que comparten algunos, por no decir muchos, de que el período dictatorial fué el causante de la caída de la Monarquía, a mí, no sólo me parece equivocado, sino totalmente contrario.

Primo de Rivera, monárquico de abolengo y por convicción, fué el más firme sostén de la realeza, que se derrumbaba antes del glorioso 13 de septiembre. El advenimiento al Poder del Dictador, contuvo y aplazó el derrumbamiento. Esto es todo y es la verdad. Don Alfonso, mal acon-

sejado sin duda por los antiguos políticos y algunos palaciegos intrigantes, creyó que la prolongación de la Dictadura era peligrosa para la corona, sin fijarse en lo que estaba ocurriendo en Italia, donde un Dictador sostiene un trono y construye una gran patria, y acogiéndose a la nota oficiosa que se publicó en los periódicos mañaneros del domingo 26 de enero, en la que Primo de Rivera hablaba de la consulta que había hecho a los capitanes generales, le arrancó—porque el Dictador tenía mucho amor propio—la dimisión.

A las cuarenta y ocho horas, el Dictador estaba arrepentido de haberla presentado; se dió cuenta de su error, aunque a Martínez Anido le pareciera un gran acierto; pero ya era tarde.

En otras ocasiones, con sus impulsivismos, había dimitido, pero el Monarca le había rogado que retirara su propósito; el 28 de enero no fué así, y Primo de Rivera, asqueado, enfermo, y con la fatiga propia de su época de Gobierno, abandonó en seguida el Palacio de Buenavista, refugiándose en unos bajos de la calle de Zurbano, 21, que le ofreció la condesa de Santa María de Sisla, donde hablé con él por última vez.

Como he dicho antes, pronto se arrepintió de haber dimitido, y una tarde se entrevistó en Las Rozas con el general Sanjurjo—fiel amigo del

Dictador, corazón noble en demasía—y allí empezaron a trazar el plan de una sublevación.

Ya comprenderá el lector, que para ir de Madrid a París, lo lógico es pasar por Irún, y Primo de Rivera se fué a París por Barcelona, y es que en la capital de Cataluña, quiso hablar con el general Barrera.

Llegó a la Capitanía general, solo, a pie, como un particular, vestido de paisano; le contó a su amigo lo que tenían proyectado con Sanjurjo, en aquel entonces director de la Guardia civil, y Barrera, viéndole nervioso, enfermo, le aconsejó un poco de calma, que siguiera su viaje a París, que dejara pasar unos días, y que luego ya hablarían. Estoy seguro, dado su temperamento, que si a Primo de Rivera le dejan sublevarse en aquella ocasión, todavía viviría.

Pocos meses antes del advenimiento de la República, me encontré en Palacio con el general Saro—gran amigo del Dictador hasta la toma de Alhucemas; después, no—, y al comentar la muerte del gran gobernante desaparecido, dijo estas palabras:

—No, Capella; Miguel no murió, estalló.

Esta es la palabra: estalló por no poder dar expansión a su propósito. Si llega a ser un político cuco, de esos que tanto abundan hoy, el Presidente de la República sería el general Pri-

mo de Rivera, porque tuvo una época de popularidad innegable.

Quiero decir con esto, que en la caída de la Monarquía, el pacificador de Marruecos no tuvo la menor parte; la caída se debe a la ineptitud de Berenguer, *el general de los tristes destinos*, como le llamó don Julián Besteiro, con gran acierto, en un discurso. El error más desdichado, fué poner al frente del Gobierno de España, a un hombre que el país aborrecía con motivo del desastre de Annual. Dicho nombramiento, el pueblo lo tomó como una afrenta. El general Berenguer, que siempre ha demostrado ser un hombre de cortos alcances, creyó de buena fe, o por rencor, que destruyendo la obra del caído, el éxito estaba descontado, y toleró que el nombre del que le había hecho conde de Xauen —¡vaya gratitud!—fuese mancillado por la chusma, halagó a las izquierdas, y fué el inventor de la frase: «No pasa nada», mientras en España la palabra revolución estaba en la mayoría de los labios.

A este propósito, recuerdo que una mañana hablando con el duque de Miranda le dije:

—El general Berenguer, un día dormirá en el Ministerio de la Guerra la siesta, el rumor de la calle lo despertará; tocará un timbre para llamar a su ayuda de cámara, y al preguntarle a

éste: «¿Qué es este ruido?», el ayuda de cámara le contestará: «Es que se ha proclamado la República, mi general».

Y por lo visto fuí profeta, yo que nunca me las he dado de adivino; tan es así, que ya cambiado el régimen, en julio de 1931, iba yo en automóvil de Bilbao a San Sebastián, y al salir de Zarauz, al pasar por la carretera, vi al duque de Miranda que se paseaba con su esposa; me apeé del coche y fuí a saludarlo, extrañado de encontrarle en aquellos lugares; me contó que tenía permiso, y al comentar pasados sucesos, y al recordarle lo que le había yo dicho del general Berenguer, el duque me contestó:

—¡Bien caro lo está pagando el pobre!

A lo que yo repuse:

—Sí; pero es que también lo estamos pagando otros sin tener ninguna culpa.

La caída de la Monarquía era inevitable; por si no fué poca afrenta el nombramiento de Berenguer, volvieron al Gobierno políticos tan gastados como: García Prieto, Romanones y Cierva, que el pueblo repudiaba por sus pasados errores. Esto fué todo.

Quien tuvo en su mano evitar el derrumbamiento, fué el general Sanjurjo, y confirma mi aserto la declaración prestada por don Alejandro Lerroux, el 13 de octubre de 1932, en el sumario

instruído por los sucesos del 10 de agosto, en la que dijo el jefe del partido radical, que el día 14 de abril, propuso al Comité revolucionario, reunido en casa del señor Maura, que se llamara al general Sanjurjo, como así se hizo. Acudió éste, y se puso a disposición del Comité, manifestando que la Guardia civil de servicio en el Ministerio de la Gobernación, no ofrecería resistencia alguna.

¿Sirve esta prueba? Con veintiocho mil guardias civiles, en España se pueden evitar muchas cosas; pero es que el director de este benemérito Instituto, figura de inmenso prestigio en el Ejército, compañero leal del difunto Dictador, a quien idolatraba, quiso vengarse de lo que él creyó que la Monarquía había hecho a su fraternal amigo, y lo consiguió totalmente.

Estos son los hechos. Achacar la caída de la Monarquía a la Dictadura, es de una enorme puerilidad que no debe llegar a la Historia.

Cayó por la ineptitud de Berenguer, y por la venganza de Sanjurjo.

UN DISCURSO

En Alcalá de Henares, iba a celebrarse una fiesta con motivo de inaugurar una lápida en la que se nombraba hijo adoptivo de la población a Primo de Rivera, lápida que todavía existe en la fachada de aquel Ayuntamiento, lo que demuestra que los alcalaínos, tienen bastante más sentido común y más respeto que algunos cabileños que andan sueltos por España, gracias a la pasividad del Gobierno, que no se ha preocupado de enviarlos al sitio de su origen.

La fiesta consistía, después de la ceremonia de descubrir la lápida, en un banquete y dos discursos: uno del conde de Canga-Argüelles, presidente de la Unión Patriótica de Alcalá, ofreciendo el ágape, y otro de contestación del Dic-

tador. Yo tenía muy buena amistad con Pepe Canga-Argüelles, hombre simpatiquísimo y un caballero en toda la extensión de la palabra.

Pocos días antes del señalado para el descubrimiento de la lápida, vino el conde a mi casa, para decirme que como estaba poco versado en eso de pronunciar discursos, a ver si yo le hacía el favor de escribírselo, que él se lo aprendería.

En un principio me resistí, porque a Canga-Argüelles le sobra talento para hacer un discurso y otras cosas de mayor envergadura, pero ante su insistencia—sin duda alguna hija de su modestia—accedí, entre varias razones, aparte de complacer al amigo, porque creo que un discurso político, de oferta de un banquete, lo sabe escribir el más bruto de los gacetilleros de un periódico, la prueba la estamos viendo a diario, desde que se ha desatado ese chaparrón de oratoria, que nos está inundando de tópicos y latiguillos. Además, La Bruyère ya nos lo dejó escrito en las siguientes palabras: «Hay ciertas cosas cuya mediocridad es insoportable: el discurso político. Gran desventura es el no tener suficiente talento para hablar bien, ni bastante juicio para callarse. Rara vez se arrepiente uno de hablar poco; muy a menudo de hablar demasiado.»

Y aunque persuadidísimo de las afirmaciones

del gran moralista francés, como no tenía más remedio que complacer a un amigo, cogí unas cuartillas, escribí cuatro cosas, sin más aderezo ni más enjundia, que los que la práctica brinda al cabo de los años de haber intervenido en esos menesteres, y se las di al conde, quien hizo sacar varias copias, dándome una para que se reprodujera en *La Nación*.

Al domingo siguiente por la mañana, me fuí al Ministerio de la Guerra y entré al cuarto del general, que estaba vistiéndose; me preguntó si conocía algo del discurso que iba a pronunciar Canga-Argüelles, y al decirle que precisamente yo tenía una copia en el bolsillo, para el periódico, me dijo:

—A ver, léemelo mientras me acabo de arreglar.

Empecé la lectura, y no había pasado de la octava línea, cuando Primo de Rivera me interrumpió diciéndome:

—Este discurso es tuyo.

Yo lo negué, como era lógico; pero me parece que no le convencí.

Llegamos a Alcalá de Henares; arcos de triunfo, ovaciones del pueblo, discurso del alcalde, señor Chamorro, y banquete en el Ayuntamiento. Y aquí viene la segunda parte del dichoso discursito.

Como la sala del Ayuntamiento donde estábamos comiendo, era muy reducida, y habían llegado de Madrid todos los ministros y otras personalidades, se acordó que nos trasladáramos, para la hora de los discursos, al teatro Cervantes, ya que eran muchos los que tenían interés en oír a Primo de Rivera.

Ya estábamos comiendo el imprescindible y estropajoso pollo, cuando se me acercó el conde de Canga-Argüelles, muy azorado, y me dijo:

—¿Se ha enterado usted? El discurso lo tengo que pronunciar en el teatro.

—Es igual—dije yo.

A lo que repuso el conde:

—¿Cómo va a ser igual, si termina diciendo: «Levantemos las copas en este banquete...»?

—Pues dice usted: «Levantemos la idea en este banquete espiritual», y queda usted como los propios ángeles.

Por cierto que aquella tarde el general, según opinión de muchos, pronunció el mejor discurso de toda su vida. De él son los siguientes párrafos, que demuestran bien a las claras, los buenos deseos que tenía el Dictador para la clase obrera:

«La misma conducta nos guía en el manejo de las masas obreras. No por halagarlas, sino por convicción personal, que comparte conmigo todo

el Gobierno, nos preocupa de un modo fundamental el bienestar de la clase obrera; de llegar al más posible, cristiano y justo equilibrio entre los que poseen y los que aspiran a poseer por medios honrados y lícitos; pero jamás nadie nos llevaría tampoco al camino de las claudicaciones. Al mismo tiempo de demostrarles ese interés, no omitimos una ocasión, y no omito ésta, para decir a los obreros que, más que en ninguna otra, en su mano está ese bienestar, siendo ordenados en el trabajo, procurando rendirlo lealmente en calidad y cantidad, todo lo que debe el hombre dar a la colaboración de la sociedad. Y así, con armonía de sentimientos, que es como se dirige una masa consciente en que, contra lo que muchos creen, hay muchas inteligencias perceptivas (afinadas en la percepción); así nos acompaña una opinión, no diré que unánime, porque no quiero ser exagerado; pero sí una opinión muy generalizada, que yo tengo el gusto de constatar en cada uno de mis viajes por ferrocarril cuando paso por las líneas; acaso en las estaciones los hombres que más afectuosa y cariñosamente se descubren para saludarme, son los que representan la masa trabajadora; y lo mismo en los pueblos y en las calles de Madrid, porque esos hombres inteligentes, saben que no les engañamos con tropos líricos. A estos hombres in-

teligentes les hemos hecho comprender que para la estabilidad de la sociedad, se necesitan todas las posiciones, todas las situaciones; pero que todo el mundo, por el camino de la honradez y del trabajo, puede aspirar a mejorar la suya. Sin halagos procuraremos su bienestar, tal vez más seguramente que aquellos que les halagaban con falsas palabras.»

Así se expresaba el Dictador, que pudo ufanarse de que durante su gobierno, no hubo obreros parados.

INTIMIDADES

Como Dictador fué un equivocado, porque le sobraba corazón y carecía de hermetismo y frialdad.

Cuando él a sí mismo se aplicaba el calificativo de Dictador, se sonreía, e igual hacíamos los que lo tratábamos. Su espíritu noble y bondadoso, no podía avenirse a las arbitrariedades inherentes a todo hombre que asume un Poder exclusivamente personal, y buscaba, por un escrúpulo muy lógico en todo gobernante honrado, el medio de justificar ciertas medidas represivas.

Esta especie de lucha que sostenía en el interior de su conciencia, le amargó muchos instantes la vida. Su Dictadura, blanda y protectora, quiso desviarla hacia la Asamblea Nacional, que

fué, si no uno de los mayores errores, una parodia, un conglomerado grotesco, compuesto de hombres honrados, de buena fe, pero algunos incapaces, y otros imposibilitados de hacer nada de provecho.

Si él hubiese convocado a elecciones, es indudable que las hubiera ganado, porque tenía a la opinión española a su lado, y es muy probable que incluso los socialistas le hubieran dado su aval en forma de voto ; pero, como la mayoría de los militares, le tenía pánico al Parlamento.

La Unión Patriótica, fué una entidad estéril ; la prueba que, desaparecido el promotor, desapareció la entidad. Le faltó el hombre que organizara un gran partido, un partido *riverista,* que fuese una fuerza política para el día de mañana. Ahora que tanto se habla de fascismo, el general pudo crear el fascio en España, echando mano del Somatén. Con elementos de la Unión Patriótica y del Somatén, podía haber formado una gran legión de correligionarios ; pero cuando no lo hizo, es que seguramente no lo entendía así.

Como Dictador fué débil ; hechos recientes nos lo están demostrando a cada momento ; ni aun disponiendo a su antojo de la censura de Prensa, fué exagerado. Algunos artículos de Cuartero—el mejor periodista político de España—en

A B C, le producían molestias, y así y todo, permitió que se publicaran muchos. Hombre de valor, bien probado en todos los terrenos, se asustaba ante un chisme porteril. Lo que vulgarmente llamamos *el decir de la gente*, le daba mucho miedo.

Tenía un apetito devorador; yo en mi vida he conocido a nadie, que comiera más, siendo uno de sus platos favoritos, los pichones.

A veces me decía:

—Mañana voy a cenar a tu casa, sabes; pero que me den platos caseros, unos huevos escalfados con patatas y otra cosilla cualquiera, porque estoy de banquetes hasta los pelos; esas comilonas me aburren y me hacen daño.

Y claro que en casa le servían los huevos escalfados con patatas que había pedido, pero después se quedaba con hambre, y una noche que dispuse que sirvieran langostinos, pero que en la mesa presentaran pocos, para que no comiera demasiados, no quiso creer que es que se habían terminado, y con la confianza que tenía, se fué a la cocina, y regresó al comedor con una fuente de langostinos diciendo:

—Habrás visto que soy buen pescador, y que los he pescado cocidos.

Una calumnia hay que destruir: la de que el Dictador era borracho. Esto es falso, completa-

mente falso, y voy a exponer mis razones para ello.

Le vi beber en distintas ocasiones una copa de Jerez antes de la comida, costumbre muy andaluza; pero después, de plato a plato, únicamente bebía agua de Mondariz. Ni vino, ni champaña, ni coñac. Es de suponer, dada nuestra intimidad, que si el vicio de la borrachera le hubiese dominado, delante de mí no se hubiera abstenido. Es más; muchas veces íbamos de noche a la finca, entre camaradas de los más afectos. ¿Quién se hubiera enterado en aquel lugar de su embriaguez? Unicamente nosotros. Y recurro al testimonio del doctor Quintana, del conde de Monte-Lirio y del conde de Villafuente Bermeja, para que digan, si una sola vez lo vimos mareado.

Eso de sus borracheras es una de tantas calumnias con las que se pretende apagar los fulgores que aureolean el prestigio de los grandes hombres.

Lo que sí era, un fumador empedernido. El puro le gustaba poco, pero al día, se fumaba más de cincuenta pitillos emboquillados, al extremo, que mientras se afeitaba, con la mano izquierda sostenía el pitillo, que iba chupando a cada instante.

Fumaba siempre y en todas partes, incluso en las comidas, después de cada plato.

Cuando tenía que asistir a Palacio, a algún banquete oficial, solía decir:

—Me molesta por dos cosas: porque se come muy mal, y no puedo fumar durante la cena.

A don Alfonso, él y el duque de Tetuán, le llamaban «el Señorito».

El entonces ministro de la Guerra, también vivía en el Palacio de Buenavista, y dormía en una habitación al lado de la que ocupaba Primo de Rivera. Como sabía la hora en que éste se despertaba de la siesta, don Juan, muchas tardes entraba en el cuarto del Dictador, sentándose en el sofá que había a los pies de la cama.

Recuerdo que una tarde, el duque de Tetuán dijo:

—¿Sabes, Miguel, que «el Señorito» esta mañana no ha querido firmarme el decreto?

A lo que contestó el general:

—Dámelo a mí, que yo se lo llevaré mañana para que lo firme.

Según mis noticias, don Alfonso, al día siguiente, en un principio se resistió a firmar el decreto; pero ante la insistencia de Primo de Rivera, echó la firma, no sin antes decir:

—Oye, Miguel; estoy viendo que cada día voy siendo menos rey.

Aquella mañana, el Dictador, siempre confia-

do, excesivamente confiado, no se dió cuenta de que empezaba un duelo a muerte, entre la Corona y la Dictadura, duelo que, como es sabido, culminó con la desaparición de ambos combatientes.

Cuando los dos rivales son fuertes por igual, es muy raro que únicamente uno de ellos quede en pie.

LAS DICTADURAS

No voy a defender las dictaduras, porque a mí los sistemas de Gobierno no me interesan, me tienen muy sin cuidado, ya que me ocurre lo que a mi muy querido y admirado amigo W. Fernández Flórez, el inimitable humorista de *Relato inmoral,* que escribió lo que sigue:

«Para mí los gobernantes son hombres que se ocupan en cosas para las que yo no tendría nunca tiempo ni humor: me arreglan las carreteras, me prenden a los bandidos, cuidan de los jardines públicos y resuelven cuándo hay que enviar cinco batallones por aquí y cuatro compañías por allá. A cambio de atender a asuntos tan fastidiosos, me exigen un poco de dinero. Bien. Ahí va el dinero. Si alguna vez cometen alguna fechoría, doy un ligero salto, como cuando oigo desde mi gabinete el estrépito de una fuente que se ha hecho añicos en la cocina, y gruño:

—¡Vaya por Dios! ¡Cómo está el servicio!

Y sigo trabajando.»

Sí, lector; cuanto más políticos trato, más apolítico me siento, y creo que, aparte de algunas reacciones esporádicas, a la mayoría de los españoles les va ocurriendo lo mismo.

Me gustaría que mi patria estuviera bien gobernada, lo demás no me importa; pero hechas estas confesiones, que holgarían si todos mis lectores estuviesen enterados de mi modo de pensar y actuar, sí, considero curioso en estos momentos, dar a conocer al público, algo de lo que escribió Francisco Cambó, acérrimo enemigo de Primo de Rivera, en su libro *Las dictaduras*, que hoy reviste la máxima actualidad.

En dicha obra, se leen párrafos y apreciaciones como la siguiente:

«En cambio, todos han de agradecer a la Dictadura española la franqueza y la sinceridad con que se presenta.»

Refiriéndose al régimen parlamentario, dijo el que fué ministro y diputado:

«En la mayor parte de los países que lo tenían instaurado, sólo funcionaba... a base de no funcionar; es decir, a base de falsear todo su proceso, desde las elecciones hasta el ejercicio de las funciones fiscalizadoras y legislativas del Parlamento.»

Y en la misma página 82 añadía:

«Ya no se queda nadie boquiabierto cuando se dice que el Parlamento es la *representación de la voluntad nacional,* porque todo el mundo está enterado de las coacciones, y las trampas, y los bajos consorcios, y las compras de conciencias (que están esperando venderse) que han intervenido, tanto como la voluntad libre y consciente del elector, en el reclutamiento de los representantes de la voluntad nacional.»

Pero, indudablemente, lo mejor del libro está en la página 144, cuando el ex ministro catalán, refiriéndose al sindicalismo anterior al 1923, dice:

«La Dictadura española nació en Barcelona, donde la demagogia sindicalista tenía una intensidad y una cronicidad intolerable. Y ante la demagogia sindicalista, fallaron todos los recursos normales del Poder, todas las defensas normales de la sociedad. Al poder ejecutivo, ante los atentados sindicalistas, no se le ocurrió otra cosa que organizar atentados antisindicalistas. Los Tribunales de Justicia y los Jurados, dominados por el terror, consagraron la impunidad del asesinato social; la burguesía barcelonesa ni resistió las exigencias, cuyo triunfo fué base de la potencia de los Sindicatos (los negocios iban muy bien y no se quería una huelga), ni contrabalanceó la coacción que las masas sindicalistas hacían a los

Jurados; el Gobierno no se atrevió ni a suspender el Jurado ni a modificar la ley de Orden público: prefería consentir el terror.»

También es digno de mención el siguiente párrafo:

«La Dictadura puede, con facilidad, mejorar la situación de las finanzas públicas, porque no ha de luchar con las pretensiones de los parlamentarios que piden siempre, y frecuentemente lo consiguen, que se abran créditos nuevos con finalidades electorales o partidistas, ni encuentra en la función encauzadora las resistencias que los parlamentarios estimulan y protegen.»

Tampoco es despreciable el párrafo que sigue:

«Lo que ha dado lugar a la instauración del mayor número de dictaduras en nuestro tiempo, es la crisis de la democracia y la ineficacia notoria del Parlamento.»

Pues bien, lector; el libro *Las dictaduras*, de Francisco Cambó, me lo entregó Primo de Rivera, con unos párrafos marcados para que yo los comentara en una crónica que publiqué en *El Noticiero del Lunes*.

¿Verdad que el capítulo de la página 144, que se refiere al sindicalismo, parece escrito hoy? Pues ya tiene más de cuatro años, y es que la Historia se repite y se complace burlonamente en ponernos al descubierto pasados errores, para

ver si así nos enmendamos; pero como dichos errores únicamente pueden corregirlos los hombres, los países siguen dando tumbos, impelidos por el peso de su fatalidad, y en cuanto surge el hombre que podría salvarlos, lo asesinan, porque consideran que es un estorbo para el logro inmediato de sus egoísmos.

Cambó, político de indiscutible talento, hábil y parlamentario, no se recataba en decir que el parlamentarismo estaba en quiebra, y ponía de relieve sus defectos, que lo mismo son de ahora que anteriores al 1923. Cambó, autor de *Las dictauduras* y, por lo tanto, del capítulo titulado: «De los males que causan hasta las buenas dictaduras», a haber podido hubiera sido dictador, porque le sobra ambición y talento; pero le ganó por la mano Maciá—caso insólito de oportunismo y suerte—, que por la insensatez de muchos catalanes y el interés de los que comen a dos carrillos, se está desvastando Cataluña, aquella región que, como dijo Primo de Rivera en un discurso: *España sin Cataluña sería muy poca cosa, pero Cataluña sin España no sería nada.*

La implantación del Estatuto, ya nos está demostrando, y nos demostrará todavía más adelante, que el Dictador era un gran vidente al exaltar la Unidad Española.

SU CAPACIDAD DE TRABAJO

Creo que no hace falta hacer resaltar en este libro, la enorme capacidad de trabajo del general; sin conocerlo, sin verlo, todos los españoles comprendían que ese hombre singular, debía trabajar enormemente por los resultados, que se palpaban, de su gestión; pero aparte de los quehaceres inherentes a todo gobernante, es que Primo de Rivera casi todas las noches iba al teatro, y no se dejaba perder una corrida, pues era muy entendido y gran aficionado a ese espectáculo. De todos los elementos que intervienen en nuestra españolísima fiesta, el que más le interesaba era el toro.

Yendo una tarde por carretera, camino de Alcalá de Henares, al pasar por San Fernando, des-

pués de atravesar el puente, vimos a derecha e izquierda los toros bravos que, como nadie los hostigaba, pacían tranquilamente, y el general me dijo :

—Fíjate qué bonitos son. Cuando asistas a una corrida, en vez de contemplar a los toreros en sus mil lances, observa lo que hace el toro, el verdadero protagonista y la mayor víctima de la fiesta.

De sus aficiones caballistas, todavía queda el uso del peto, impuesto durante su gobierno por su única voluntad.

He dicho al empezar este capítulo, que su capacidad de trabajo era enorme, y ningún asunto quedaba desatendido ; bueno, pues además de lo que todo el país sabe, voy a revelar detalles que demuestran su afición a ocuparse de cualquier cosa, por insignificante que esta fuese.

Una de tantas tardes que iba a visitarle, me lo encontré ya levantado de su siesta. Estaba trabajando en aquella mesita que tenía en su habitación, a la derecha de la cabecera de su cama. Creí que estaría escribiendo algo interesante y urgente, pues es por lo único que usaba la citada mesita, y cuál no sería mi sorpresa, viéndole trazar el plano de una casa.

En seguida me explicó el motivo de su entretenimiento :

—Polo, sabes, tenía un terrenito que adquirió más abajo del Puente de Segovia, y quiere construir una casita, y aquí me tienes trazando el plano; ¿qué te parece?

Yo, pobre de mí, sé de arquitectura lo mismo que de química: ni una palabra; vi unas líneas, unos puntos, y al decirle, por cortesía, que me parecía bien, me contestó con su agilidad mental que siempre le conducía por el camino de la rapidez verbal:

—¿Cómo lo sabes que está bien, si de esto no entiendes una palabra?

Faltaban pocos días para la festividad de Nochebuena, y haría una semana poco más o menos que en Martín se había estrenado *Cha-Ca-Chá*, una revista que la Dirección de Seguridad había prohibido por inmoral, sin serlo más que algunas que se representaban en otros teatros, porque mientras no se promulgue una ley que nos indique, dónde termina lo moral y empieza lo inmoral, el escritor continuamente andará a ciegas.

Paco Torres, empresario de Martín, y uno de los hombres más ingratos y más informales que he conocido, me habló y me dijo:

—Hombre, ya ves lo que me ha pasado, y en vísperas de Pascuas; tú, que eres tan amigo del general, pídele que levante la suspensión de *Cha-*

Ca-Chá, porque estoy sin cartel y tendré que cerrar.

Me fuí a ver al Presidente, y en el recibimiento me encontré a Pepe Sanjurjo. Sin pretendernos averiguar mutuamente el móvil de la visita, resultaba que ambos íbamos a hacer la misma petición a Primo de Rivera, y el valiente militar me dijo:

—Mire, mejor pídaselo usted, porque yo traigo varios asuntos, y así me descargo de uno.

Entré a la habitación del Dictador, le expliqué lo ocurrido, añadiendo que como se acercaban las Pascuas, festividades de buenos rendimientos para los empresarios teatrales, la suspensión de *Cha-Ca-Chá* representaba la ruina de un negocio.

Paco Torres, me había advertido que el ejemplar de la revista estaba en poder del general. Efectivamente..., éste ni tenía el ejemplar ni sabía dónde podía estar. No me sorprendió, porque hace más de veinte años que conozco a Paco Torres, como le conocemos todos los del gremio, y una de las bellas cualidades que le adornan, es que en aquella época, según decía, era más *riverista* que yo; después del 28 de enero de 1930, se vanagloriaba de que iba a cenar con Berenguer—¡buen provecho!—, y ahora dice que es muy amigo de Indalecio Prieto, al punto que pensaba estrenar una obra del hijo del ministro

de Obras públicas. ¡Así da gusto! Hecha esta ligera advertencia, y ante mi insistir en que el ejemplar estaba en Guerra, el presidente llamó a Cuerda; éste no tenía la menor idea de lo que se trataba. A mí, después del planchazo, ya me venían ganas de retirarme; pero entonces fué el general quien se tomó interés por el asunto. Se telefoneó a la Presidencia, al Ministerio de la Gobernación, y resultó que el dichoso libreto estaba en la Dirección de Seguridad. Un ciclista lo trajo. Como en todas estas diligencias ya se había ido bastante tiempo, para recuperarlo, le propuse a Primo de Rivera, que bajo mi responsabilidad, porque yo entiendo algo de teatro, tacharía frases y situaciones que considerase indecorosas.

No me dejó; cogió el ejemplar y un lápiz y, desde el título hasta la palabra telón, se leyó toda la obra, tachando lo que creyó conveniente. Recuerdo que había un número de unas viudas, y el general me dijo:

—Oye, esto es de *La corte de Faraón*.

Acto seguido telefoneó a la Dirección de Seguridad, y aquella misma noche se ponía la revista.

¿No demuestra lo que vengo escribiendo en este capítulo, su afición a ocuparse de cualquier asunto por insignificante que éste fuese?

¡Perdimos a un gran hombre! Porque las almas que siempre están dispuestas a ayudar al prójimo, en estos tiempos de egoísmo, escasean a más no poder.

Trabajando en el teatro Apolo de Valencia, cuando empezaba su carrera Anita Lasalle, durante una representación de *Las maravillosas*, por la fatalidad de un contacto con los plomos del traje que usaba, se le incendió, y la artista sufrió graves quemaduras, que pusieron en peligro su vida. Primo de Rivera apenas si la conocía ; pero enterado del accidente, telegrafió al marqués de Sotelo, alcalde entonces de la bella ciudad mediterránea, para que la tiple no careciera de nada.

En otra ocasión, cuando era capitán del batallón de Ciudad Rodrigo, ganó una importante cantidad en el juego—sería la única vez, porque yo siempre le vi perder—, y cuando, ya de madrugada, se retiraba a su casa, encontró en las proximidades del Horno de la Mata, a un mendigo pidiendo limosna. Le interrogó, enteróse de dónde vivía, y se dirigió al albergue de aquel desventurado, entregando a su familia, que carecía de lo más necesario, mil pesetas de las que había ganado.

Así era de sensitivo el gobernante que tuvimos, y claro, la sensibilidad es el mayor enemigo de las dictaduras, por eso fracasó como Dictador.

ANECDOTAS

En una ocasión, en mi casa me pidieron que yo intercediera para que a un guardia de Orden público lo ascendieran, por tratarse del esposo de una cocinera que había tenido mi madre.

Me fuí a ver al general en solicitud de lo que me pedía mi familia. Claro que yo siempre, antes de entrar en su habitación, le preguntaba a Polo :

—¿ Cómo está el Prior ?

Si Polo me decía :

—Hoy parece que está muy contento—ya sabía que se le podía hablar de cualquier asunto. En cambio, cuando el ayuda de cámara me avisaba : —Cuidado, que hoy no sé lo que le pasa, porque ha tenido una bronca con Fulano, y no hay quien lo aguante—me venían ganas de volverme a la calle.

Además, para conocer su estado de ánimo, yo poseía un recurso infalible; cuando entraba en su cuarto y me decía:

—¡Chico, qué elegante vienes; estás hecho un pollo! ¡Cómo te cuidas!

Este recibimiento era síntoma de optimismo; pero cuando al entrar me saludaba con un seco: —¡Que Dios te guarde!—yo me guardaba muy bien de hablar de nada que pudiera molestarle, tomaba el té deprisa y corriendo, me iba a charlar un rato con Monís, y salía del Ministerio.

Volviendo al asunto de estas líneas; la tarde en que fuí a solicitar el ascenso del guardia, era de las que estaba de mejor humor el general.

Explané mi pretensión, e inmediatamente, apretó el timbre y se presentó el capitán Cuerda, al que le dijo:

—Que escriban una carta a Vallellano, recomendándole eso que pide Jacinto, y tráigamela a firmar cuanto esté.

Le di a Cuerda los nombres y demás datos del guardia, y a los pocos instantes, el general firmaba la carta dirigida al entonces alcalde de Madrid.

Al cabo de unos días, me enseñó una misiva del conde de Vallellano diciéndome:

—Ves, hemos metido la pata; mira lo que me escribe el alcalde.

En la carta, el conde se excusaba, diciendo que con mucho gusto complacería al Presidente del Consejo de Ministros, pero que en virtud del artículo tantos y de la ley de otros tantos, para ascender a un guardia, hacían falta equis requisitos que mi recomendado no poseía.

Después de leída la carta, el general añadió:

—¿No eres amigo de Vallellano?

—Ya lo creo.

—Pues habérselo pedido a él y te lo hubiera concedido en seguida; pero me lo has hecho pedir a mí, y para demostrarme que es una autoridad escrupulosa en el cumplimiento de su deber, y que se sabe de memoria todos los artículos y leyes que giran alrededor de su cargo, me ha escrito esta carta.

Excuso decirle al lector que el guardia murió el año pasado, sin haber conseguido ascender. La ley, según en qué ocasiones, no tiene más valor que el de otra palabra compuesta de tres letras; pero en otras, es una cosa muy seria, si no que se lo digan a March, que todavía ni él ni nadie ha podido averiguar, por qué está en la cárcel, en estos benditos tiempos de libertad, en los cuales el *nuevo estilo*, está arruinando a España a toda prisa, como si una mano invisible necesitara de la voluptuosidad de hacer añicos con su apretón, todo lo construído en el orden espiritual

y material a través de los siglos, todo lo construído a fuerza de abnegación y de sangre, de trabajo y de arte.

De España, lo más rico, lo más admirado en el mundo, es su tradición. Es de suponer que no habrá ningún idiota, que piense que la belleza de Madrid, reside en el monumental edificio de la Telefónica, y la tradición es la que pretenden enterrar, como si fuese una vergüenza española, los descamisados de antaño, que hoy se pirran por ponerse la chistera y el chaqué, en cuanto se celebra un acto oficial.

El marqués de Estella, de espíritu demócrata, no se llevaba bien con la aristocracia, mejor dicho, se llevaba muy mal y la quería poco, porque fueron muchos los aristócratas que le hicieron daño.

A poco de llegar al Poder, tuvo un disgusto con el difunto marqués de Viana.

¡ Y qué ironías tiene el tiempo ! Un domingo, como de costumbre, fuí al Ministerio de la Guerra para que me informara de alguna nota política del día, y después de saludarnos me dijo :

—¿ Sabes que ha muerto el marqués de Viana ?

—No, no lo sabía—contesté yo, añadiendo— : Ya diré a Vidal que haga hacer un suelto necrológico para *El Noticiero* de mañana.

A lo que Primo de Rivera repuso, entregándome unas cuartillas de su puño y letra:

—No lo tiene que hacer nadie, ya te lo he hecho yo; toma.

A todos cuantos hemos actuado, o actuamos, en el periodismo, nos consta que en la mayoría de las redacciones, hay el redactor encargado de escribir las notas necrológicas, donde, por lo general, los méritos del difunto corren parejas con las dimensiones de la esquela mortuoria.

En *El Noticiero del Lunes,* yo tenía al buen periodista Urbano Méndez, encargado de esos menesteres. Pues bien; cuál no sería la sorpresa de ese mi buen camarada cuando, al llegar a la redacción y al dar la noticia, tuve que añadir:

—No se moleste en preparar las cuartillas, porque el Prior me ha dado la nota hecha.

La nota necrológica del marqués de Viana que se publicó en *El Noticiero del Lunes,* la había escrito el general Primo de Rivera, que, estoy seguro, dada su enorme afición, que a no haberse dedicado a la carrera de las armas, hubiera consagrado todas sus actividades al periodismo. ¡Cuánto le gustaba escribir!

EL CONDE DE VALLELLANO

Una de las figuras de más acusado relieve, entre las muchas que actuaron durante la Dictadura, a mi modo de ver, es la del conde de Vallellano, en aquella época alcalde.

Primo de Rivera, siempre tan ecuánime, en la dimisión de Vallellano se dejó influir por las intrigas de Semprún, gobernador civil de Madrid, pero que estaba deseando que lo nombrasen alcalde de la capital, cargo que no le duró mucho, porque haciendo bueno el refrán: «Quien a hierro mata, a hierro muere», también tuvo que salir de la Alcaldía, por haber intrigado en contra de Calvo Sotelo. Le ganó la partida a Vallellano, pero ya con el ministro de Hacienda, fracasó. De todos modos, bueno es reconocer, que Semprún,

fué un gran admirador del general, y de una lealtad a toda prueba. Su ambición política le ofuscó, como ofusca a tantos, que no saben medir sus fuerzas ni sus deseos.

El conde de Vallellano fué sacrificado. De su dimisión, se enteró por *El Noticiero del Lunes*. Y el caso es que Primo de Rivera estimaba y admiraba a aquel alcalde, reconociéndole una de las cualidades que más seducían al Dictador: Hombredad, que es algo que en estos tiempos va escaseando mucho. Ser alcalde de Madrid—no estando copado el Ayuntamiento por los socialistas—es uno de los cargos de más responsabilidad, de más trabajo y de menos gloria.

Tiene más quehaceres un alcalde de la capital de España, que un ministro. En los pueblos, la autoridad del presidente del Concejo es máxima, y hace y deshace a su antojo, porque el gobernador está lejos, y no va a ocuparse de esos pequeños conglomerados de casuchas, como no sea para pediries el voto a los electores.

Aquí el alcalde es un sér odioso, dada la psicología del pueblo. Cualquier disposición que dicte para bien del vecindario u ornato de la ciudad, es acogida con expresión hostil. La voz de la calle, ignorante y mal educada, no admite renovaciones; la rutinita y basta.

El conde de Vallellano, que quiere mucho a

Madrid, y bastante más que los socialistas que hoy, por desdicha nuestra, mangonean en el Ayuntamiento, se preocupó de regular la circulación, teniendo por colaborador a Emilio Abarca, modelo de generosidad y simpatía ; hizo muchas cosas, y todas buenas ; fué honrado, y no supo o no quiso adular.

Desde su toma de posesión—respondiendo a su ideología—hizo el panegírico de don Antonio Maura, y esto lo aprovecharon los adversarios para minarle el terreno.

Una autoridad que posee el valor de exaltar las virtudes de un prohombre de un régimen desaparecido, es que tiene fe y no necesita arrastrarse para triunfar, que la librea de lacayo le viene ancha.

La devoción que sentía por su antiguo jefe, precipitó su caída. Le sucedió Semprún, y a éste Aristizábal.

A Primo de Rivera, la designación de un nuevo alcalde de Madrid le preocupaba mucho siempre.

Aristizábal, hombre de buena fe reconocida y de honradez intachable, no era santo de la devoción del Presidente, porque le encontraba a faltar dinamismo, y estuvo a punto de dimitirlo en varias ocasiones. Entonces, se pensó en la sustitución, y el designado fué Delgado Barreto ; pero

al nombrar a éste, *La Nación,* donde era y es insustituíble, se quedaba sin director, y una tarde me dijo el general:

—Me parece que voy a nombrar alcalde de Madrid a Delgado Barreto. Y al hacerle yo notar que la dirección del periódico, se quedaba acéfala, añadió:

—Ya lo tengo previsto; tú vas a dirigir *La Nación,* y pones de director de *El Noticiero,* a quien te parezca.

Me excusé con mil razones, una de ellas porque dirigir un semanario es muy cómodo, y un diario muy molesto.

Primo de Rivera me hizo ver—con lo que me honró—que para dirigir *La Nación* necesitaba una persona de su absoluta confianza, y acepté el sacrificio, y digo sacrificio, porque yo no ignoraba las muchas dificultades con que tropieza todo el que tiene que dirigir un periódico gubernamental.

La postura más cómoda y lucida del periodista, es la oposición. Me fuí a ver a Delgado Barreto y le conté lo ocurrido.

Manuel me dijo:

—Sí, este mediodía—casi todos los mediodías despachaba con el general—me ha hablado de eso el Prior.

Le dije que yo había aceptado; alegróse Del-

gado Barreto y la noticia circuló durante unos días... Después se esfumó, porque no llegó a realizarse.

¿Motivos? No los sé exactamente, pero me los figuro, porque responden a la psicología del Dictador. Este, no siendo en un momento de violencia, era incapaz de lastimar a nadie ; mejor dicho, si él creía que una falta no era grave, transcurridas unas breves horas rectificaba su criterio. Fué uno de los hombres menos tercos y más comprensivos que he tratado.

Seguramente, pensaría que en el caso de Aristizábal, su falta de dinamismo no era suficiente motivo para una sanción de aquella naturaleza ; lo amonestaría... y todo quedó arreglado, y todos contentos, porque ni Delgado Barreto tenía empeño en ser alcalde, ni Aristizábal en dejar de serlo, ni yo en dirigir *La Nación,* que, dicho sea sin falsa modestia, hubiera sido perjudicial para el periódico y para mí muy incómodo, y más en aquella época, porque en los diarios ministeriales, todos los partidarios se creen con derecho a intervenir y a mandar.

LAS MULTITUDES

La noche, anterior, de ejecutar el verdugo a los autores del crimen del expreso de Andalucía, el general cenó en mi casa.

Vivía yo entonces en Marqués de Urquijo, 36. El, llegó algo retrasado. Momentos antes me había telefoneado el teniente coronel Ibáñez estas palabras:

—Dice el general que perdone; pero que en seguida va.

Llegó Primo de Rivera, y pasó inmediatamente al comedor. Estaba preocupado, muy preocupado. Su rostro reflejaba un gran dolor. Contóme que por la tarde, habían estado en el Ministerio, familiares de uno de los reos en solicitud de clemencia, y el no haber podido acceder, le tenía muy apenado.

Aunque el tema de la conversación no era muy ameno, como es lógico, giró alrededor del drama que se iba a desarrollar en la próxima madrugada. Hablamos de piedades y de castigos, de la indignación que había producido en la sociedad el horrendo crimen.

En aquellos días, no sé por qué, había yo releído el libro *Las multitudes,* que hacía lo menos veinticinco años, publicó en Bercelona, Raimundo Casellas, un gran prosista catalán, poco conocido en el resto de España.

En uno de los capítulos había la siguiente descripción, que, aun extractada, viene a decir lo siguiente:

«En el patio de la cárcel de Barcelona, a la salida del sol, la muchedumbre se aglomera alrededor del patíbulo.

Es una multitud—como todas—abigarrada, que ha madrugado, por instinto de barbarie o de curiosidad, para presenciar «La pena de muerte».

Se abren las puertas de la cárcel, y aparece el reo, lívido, tambaleándose, precedido de un cura y rodeado de un piquete de soldados.

El condenado es un hombre joven, que asesinó a una mujer para robarla.

Al aparecer, una ola de piedad arrolla a la multitud que ha ido a presenciar el espectáculo. Cuando el criminal ha subido las gradas del pa-

tíbulo y el verdugo lo sienta en el banco, de la muchedumbre, salen estas o parecidas frases:

—¡Esto es un crimen! ¡Un hombre tan joven! ¡La culpa es del Gobierno! ¡Si fuese un señorito ya lo habrían indultado! ¡Como no tenía padrinos, lo han condenado! ¡Si a mano viene robó porque no tenía qué comer! ¡Si dicen que al pobre no le alcanzaba el sueldo para mantener a su madre y a sus tres hermanitas!

Son las cinco de la mañana. El sol envía sus primeros rayos a la ciudad dormida; sólo en el patio de la cárcel, la muchedumbre despierta, compuesta de mujeres que lloran y hombres que se conmueven, espera el momento en que el verdugo agarrote al criminal.

El clangor del clarín hiende el espacio. El joven Rey, en su magnanimidad, ha telegrafiado a Barcelona indultando al reo, y la buena nueva es comunicada a la multitud.

Indignación general, y se oyen las siguientes frases, que prorrumpen los mismos labios que minutos antes se desataban en piedades:

—¡Vamos, hombre! ¡Vaya una formalidad! ¡Y para eso nos han hecho madrugar! ¡Podían haber avisado anoche! ¡Luego dicen! ¡Hay que ver cómo anda la justicia en España! ¡Debe ser pariente de algún ministro, que será tan bandido como él! ¡Yo que he perdido el jornal para ve-

nir a ver esto! ¡Si no hay más que fijarse en la cara de asesino que tiene!...»

A Primo de Rivera, le interesó mucho la descripción que le hice del capítulo. Me dió la sensación de que le consolaba, que le reconciliaba con algo muy íntimo. Quedó como ensimismado; pero al momento, reaccionando, me dijo:

—Sí, indudablemente, las multitudes son perversas; experimentan igual sadismo al encumbrar que al derribar. Ya ves, las multitudes quisieron «lynchar» a Zola, cuando lo del proceso Dreyfus, y hoy le levantan un monumento; las multitudes nos llevaron a la guerra con los Estados Unidos, las mismas que abofeteaban con almohadillas a Joselito, y a las cuarenta y ocho horas lloraban por la calle de Arrieta, después de la tragedia de Talavera. Ellas son las que han condenado a los del expreso de Andalucía, y mañana censurarán el rigor de la ley. En fin, me voy a acostar; hoy no quiero ir a ninguna parte.

Y bajando la escalera, pues salí a abrirle el portal, me preguntó:

—¿Vas a ir a presenciar la ejecución?

Y al contestarle con una negativa, añadió:

—Pues rézales un padrenuestro, que yo también lo haré.

Primo de Rivera, que era un hombre de claro instinto, sabía muy bien lo que daban de sí las

multitudes ; pero yo no sé qué tiene el Poder, que aun a los más inteligentes, les ciega. Conocía la psicología de ellas, lo plebeyo de sus manifestaciones en todas las edades y en todos los países ; que lo mismo se disfrazan en Carnaval que se visten de negro por Semana Santa ; que con parecida inconsciencia asisten a un bautizo que a un entierro ; que con igual jolgorio recibieron el advenimiento de la República, como mañana recibirían el de una Restauración.

El Dictador sabía todo esto, que no es ningún secreto para los que hemos vivido la vida intensamente, y, a pesar de ello, con ingenuidad infantil, le halagaba el latir de ellas, poseído de que las tenía captadas y para siempre.

El 28 de enero, el día que dejó el Poder, a haberlo pretendido, se hubiera dado cuenta de lo tornadizas que son.

¿ Dónde estaban aquella noche esas multitudes ? ¿ Cómo no lo defendieron ? ¡ Qué razón tienen los hermanos Quintero cuando, en *Nena Teruel,* ponen en boca del viejo cómico lo siguiente : *El público es una fiera que te engorda por el placer de devorarte.*

¿ Para qué seguir exhibiendo ejemplos ?

No hace muchos días, el excelente comediógrafo don Honorio Maura, en una conferencia que

dió en Renovación Española, dijo: «Es digno de tenerse en cuenta, que nuestro pueblo es versátil, y, cuando encuentra al ídolo, al poco tiempo, los mismos que le encumbraron, le preparan su ruina. Don Antonio Maura y Primo de Rivera son casos que justifican mi aserto.»

De acuerdo.

MAS INTIMIDADES

No tenía amor al dinero ; la prueba que nunca lo guardó, pero tampoco lo gastó como no fuese para satisfacer su vicio predilecto : el juego.

Claro que, a primera vista, resulta absurdo que un hombre que se juega miles de duros en unos minutos, no sea espléndido o despilfarrador en todos los actos de su vida ; pero yo conozco muchos casos, y Primo de Rivera era un representativo de ellos.

Un domingo, de verano, a las ocho de la tarde, fuí a verle, no sé con qué motivo. Se estaba vistiendo de smoking, para asistir a un banquete, a uno de esos banquetes de los que tanto se lamentaba, pero siempre acudía. Abrochándose la camisa, que estrenaba, el ojal no le ca-

saba con el botón; molesto y nervioso, le dijo a Polo, que le estaba ayudando a vestirse.

—Pero, hombre, Polo, esta camisa es muy mala; ¿dónde la has comprado?

—En la calle del Barquillo—contestó el ayuda de cámara.

—Aunque sea en la calle del Espíritu Santo, pero esto no sirve.

—Es que es barata; nada más cuesta cinco duros—añadió Polo, para justificar la mala calidad de la prenda.

—¿Te parece poco?—dijo el general—, y dirigiéndose a mí, que llevaba una camisa de seda, me preguntó:

—¿Cuánto te cuesta esta camisa?

—Diecisiete duros, murmuré tímidamente.

A lo que él comentó, indignado:

—¡Ni que fueras una *cocotte!* ¡Luego te quejas de que no tienes dinero! ¡Cómo lo vas a tener, si lo tiras en esas tonterías!

Lo que podríamos llamar lujo, frivolidad, refinamiento o gasto superfluo, no solamente le tenía sin cuidado, sino que lo censuraba a quienes les rendimos culto. Hombre de sobriedad sorprendente, era lo que vulgarmente se dice: un soldado.

Una tarde, al levantarse de la cama, en camisón, porque raramente usaba pijama para acos-

tarse, mientras tomaba el té, sintió frío y le dijo a Polo :

—Tráeme el impermeable, que quiero abrigarme.

Me quedé asombrado, porque en mi vida había visto un impermeable más raído, aparte de que yo tenía entendido, que el impermeable era una prenda destinada a combatir otros elementos, aunque dé calor.

No usaba camiseta ni en el mes de enero. Encima de la piel, la camisa, y chaleco, casi nunca, demostrando que con el exceso de ropa no se evitan los catarros, porque, que yo recuerde, no lo vi nunca acatarrado. Sus únicas y breves enfermedades eran por exceso de comer. En una de ellas, el doctor Quintana lo dejó por la noche limpio de fiebre, pero recomendándole, porque sabía el origen, que siguiera con dieta absoluta. A la mañana siguiente volvió el doctor, y cual no sería su sorpresa, que habiendo dejado al general la noche anterior sin fiebre, al tomarle la temperatura, el termómetro acusaba treinta y nueve grados.

Por fin, Primo de Rivera, como niño travieso que se decide a decir la verdad ante la amenaza o ruego de los padres, para disipar las dudas del médico le contó lo ocurrido. Mediada la noche, había sentido un apetito devorador ; en vez de

despertar a nadie—molestaba lo menos posible a su servidores—, se levantó de la cama y se dirigió a la despensa, porque la cocina del Ministerio de la Guerra estaba muy próxima a su cuarto; allí encontró los restos de la cena de Polo, que como siempre había guisado Matilde, la esposa del ayuda de cámara; los restos componíanse de dos rajas de merluza y dos chuletas de ternera, y todo se lo había comido, lamentando no encontrar más.

Este era el único motivo de la subida de la temperatura. Su desobediencia le costó tres días más de cama, y es que Primo de Rivera era caprichoso, muy caprichoso, y por ser así, meditaba poco las consecuencias de sus ímpetus, que muchas veces tuvo que rectificar.

De su aversión a gastar dinero presencié mil detalles.

Un invierno estrené un gabán azul; el general me lo celebró, y dijo que le gustaría hacerse uno igual, de la misma tela y la misma hechura. Le envié mi satre, y a los pocos días el Dictador tenía el gabán en su poder. Por todo comentario a lo bien que le sentaba, me dijo:

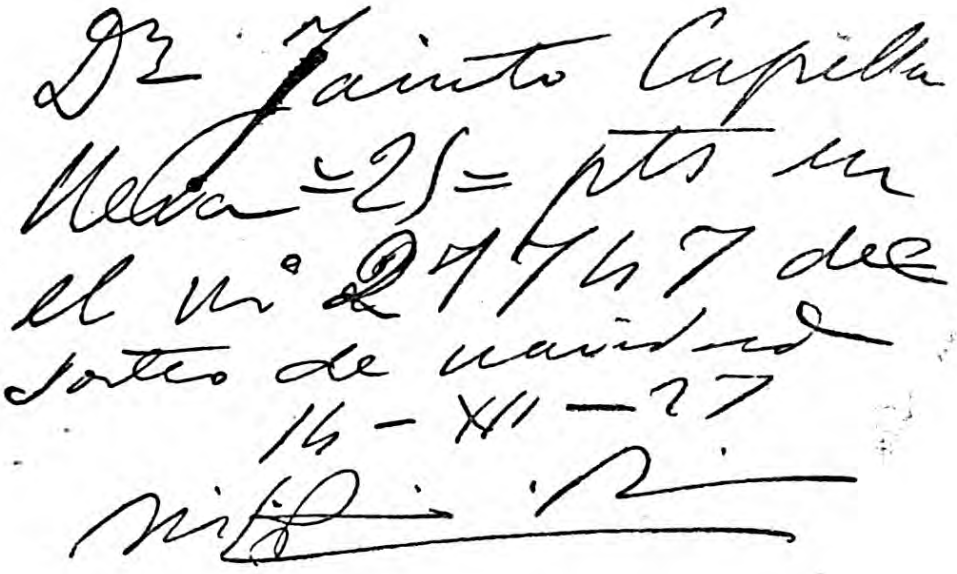
—¡Pero es muy caro! ¡Me ha costado cincuenta duros!

Mandaba las botas a componer. Dos trajes de paisano, que le hicieron cuando era coronel, le

estaban estrechos, porque, como todos sabemos, desde entonces acá había engordado, y llamó a un sastre remendón para que se los ensanchara.

A cambio de esas—podríamos llamar tacañerías— repito una vez más, que para el juego todo le parecía poco. Jugaba al Frontón; y a la Lotería Nacional, billetes enteros.

Para el sorteo de Navidad, siempre nos canjeábamos una participación; aquí va la reproducción de una de ellas:



En el último sorteo, lamentándose de su mala suerte, yo le hice ver que era preferible, porque, dada la psicología de nuestras multitudes, si le

hubiese tocado el gordo, hubieran dicho que habían hecho trampa, y él contestóme:

—Tienes razón; ¡cómo la gente es así! Lo que haré el año que viene, será comprar dos billetes enteros y regalarlos a una institución benéfica.

De modo que a él no le importaba el producto del premio; como a todos los buenos jugadores, lo que le interesaba era la emoción; el dinero, no, y lo expresaba con estas palabras:

—El tener mucho dinero—yo no le he tenido nunca—debe causar grandes complicaciones, porque vamos a ver, si tienes diez trajes o diez bastones, no los vas a usar todos en el mismo momento. ¿Qué haces con media docena de sombreros, si sólo tienes una cabeza? ¿Y de tres automóviles? No vas a subir en los tres. El dinero, como no sea para jugar, no sirve para nada.

Teorías por el estilo exponía muchas los días que estaba de buen humor, y particularmente conmigo, con quien casi nunca hablaba de política ni de actos de gobierno, porque conocía mi escepticismo respecto a estas actividades, que jamás me interesaron, ya que soy un perfecto convencido de que, antes y ahora y el día de mañana, la política es un negocio, y que los ideales de que tanto alardean los líders de Es-

paña y fuera de España, son puramente crematísticos, máxime en un país en que hay millares de ciudadanos que renuncian a su tranquilidad para ser alcaldes o concejales, sin percibir emolumentos.

¡Es mucho sacrificio este y demsiado romanticismo!

SU DINAMISMO

Un sábado del mes de diciembre del año 29, coincidí con el general en el Hotel Ritz, donde se celebraba uno de esas funciones benéficas que organizaba Mrs. Irma Phillips; ya muy entrada la noche, el Dictador me dijo:

—No dejes de ir mañana.

A la una de la madrugada del día siguiente, fuí al Ministerio de la Guerra.

Primo de Rivera, estaba trabajando en su despacho; llevaba un traje oscuro, de americana, y un clavel rojo en el ojal. Después de saludarnos y comentar la fiesta de la noche anterior, me dijo:

—Te pedí que vinieras, porque supuse que te faltaría material para *El Noticiero,* y como *redac-*

tor honorario, aunque siendo honorario, soy el que más escribe, te voy a dar tela para el número próximo.

El sábado por la mañana, había despachado con los ministros de Gracia y Justicia, Fomento, Trabajo y Guerra, y con los directores de Colonias y Marruecos, de Abastos, Aeronáutica y con el mayor de la Presidencia. Después recibió a los embajadores de Italia e Inglaterra. Por la tarde montó un rato a caballo, por la Casa de Campo, y luego se fué a la Asamblea, para informar en la sección sexta; luego asistió a la conferencia que daba Goicoechea en el Círculo del Ejército y de la Armada.

—Pues si eso no es trabajar...

—Espera. Todavía me quedó tiempo para ir a la Presidencia, y recibir en audiencia a varias personas y Comisiones. Entre ellas, una me entregó un magnífico trozo de aluminio nacional; míralo, es de Sabiñánigo; me va a servir de pisapapeles. Por la noche, ya lo sabes, en el Ritz. ¡Ah! ¿Quieres más noticias? Di que hemos concedido la cruz de Alfonso XII a Conchita Supervía y al tenor D' Alessio, a propuesta del ministro de Instrucción pública.

Yo, según dicen los que me conocen, no soy holgazán; pero es que cualquiera que se compa-

rase con el Dictador, resultaría un idólatra de la vagancia.

En aquellos momentos, interrumpió nuestro diálogo Polo, que le dejó encima de la mesa del despacho, una tortilla de patatas, lo menos de cuatro huevos; una botella de agua de Mondariz y un tazón de café con leche, con dos suizos. Se lo comió con avidez, mientras me iba diciendo:

—Te advierto que esto es la cena, y es que no he tenido tiempo de ir a casa. Figúrate que por la mañana, he recibido las visitas de Soto Reguera y el marqués de Argüeso; luego la del presidente de la Asamblea y la del nuevo obispo de Barbastro; después he oído misa, aquí, en el Ministerio, y me he ido a almorzar con los chicos.

—¿Y por la tarde?—interrogué.

—Pues estuve en Carabanchel y asistí a las carreras de galgos de la Sociedad El Campamento. Ya anochecido, he tenido que irme a Segovia, porque allí estaban los reyes, y al regresar, entre leer las cartas que me señala la Secretaría, y las galeradas de lo que ha tachado la censura, no me ha quedado tiempo, como ves, ni para cenar.

De un tema saltábamos a otro, y, por fin, hablamos de periódicos. De España, los diarios que

con preferencia leía, eran el *A B C*, de Madrid, y *La Vanguardia*, de Barcelona. Hablando del primero, le pregunté qué opinaba de la encuesta que publicaba en aquellos días con el título de *¿Cómo debería organizarse el futuro régimen?*

El general me contestó:

—Yo la sigo con atención, pero veo con pena que todos los que declaran lo hacen con olvido de las circunstancias que justificaron el golpe de Estado del 13 de septiembre, y empeñados en construir sobre los mismos cimientos debilitados y la misma armadura quebrantada que tenía el edificio, y el punto de ruina que todos recordarán. Yo creo que lo razonable sería discurrir sobre el medio de hacer algo que, borrando el pasado, sus deficiencias, desgastes y corrupciones, diera vida a un optimista porvenir de prosperidad y grandeza, tal como se debe entender en los tiempos actuales el concepto de grandeza.

Luego, sin dejar un solo momento el pitillo, hablando de un pequeño conflicto obrero que se anunciaba en Barcelona, me dijo:

—No será nada. Yo cada vez tengo más confianza en la sensatez y ciudadanía de las masas obreras, y más empeño en mejorar la situación de la gran familia de los trabajadores, que al fin de nuestra obra, han de reconocer en justicia,

que pocos Gobiernos están pendientes, como éste, de los intereses que a ellos afectan.

El reloj del Palacio de Buenavista soltó al aire dos campanadas y me despedí del general, que se quedó trabajando. Encima de unos sillones del amplio despacho, reposaba un cuadro de Cañavate, titulado «La lucha».

El jardín del Ministerio de la Guerra estaba inundado de luz lunera, en aquella noche clara de invierno. Los «taxis» iban devolviendo a sus hogares a los espectadores que salían de los teatros.

Salí pensando en la personalidad del presidente del Consejo de Ministros, en lo que me había dicho, y en el cuadro simbólico titulado «La lucha».

Indudablemente, era un gran luchador. El dinamismo presidía todos los actos de su vida; era su gesto más destacado. Le falló la cantidad de tiempo para desenvolver toda la concepción de su obra; si a él le queda vida para rematarla, hoy España sería feliz.

SU CARACTER

Tengo del hombre político, en general, un concepto precario, ya lo he dicho anteriormente. Se me figura un hombre amoral, que usa a modo de ganzúa la influencia para desvalijar al ciudadano.

Mi creencia es ésta, y no debe de ser totalmente desacertada, porque todos sabemos de políticos—y ahora más—que antes de ocupar ningún cargo, andaban repartiendo sablazos y hoy tienen automóvil.

Eso del Ideal, del que tanto se habla en los mítines, es un tópico como otro cualquiera, que sólo sirve para deslumbrar a la gañanería. Los periodistas, nos sabemos de memoria todos los tópicos, sino no podríamos serlo. A los políti-

cos, aunque nos mofemos de ellos, les ponemos buena cara, porque una actitud, una noticia sensacional, pueden contribuir a que se agote la edición del periódico, como cuando se trata de la cogida de un torero popular.

A no ser por esto, no les daríamos ni conversación, porque habituados a sus veleidades y egoísmos, a sus éxitos y a sus desastres, y a haber paseado la pluma por varias redacciones de distinta ideología, llegamos a la terrible conclusión, de que el político, lo único que se propone, como vulgarmente se dice, es *mangar;* la Patria le tiene completamente sin cuidado, y si alguien cree exagerado mi comentario, no tiene nada más que fijarse en algunos prohombres de hoy, que aun no hace tres años no tenían ni tabaco, a cambio de muchas deudas.

Pues bien, Primo de Rivera, fué uno de los gobernantes más austeros que ha tenido España; los habrá habido tanto, más no. De ello es buena prueba el artículo del nuevo Código penal, que decía:

«DE LAS FALTAS CONTRA LA INDEPENDENCIA DE LOS FUNCIONARIOS PÚBLICOS.—Art. 814. Incurrirán en la pena de multa, que no será inferior a 50 pesetas, ni podrá llegar a 1.000, los que, con perjuicio de otra persona en sus derechos o

en sus intereses, si la pretensión prosperase, recomienden a cualquier funcionario público por escrito o verbalmente :

1.° Adjudicaciones a determinadas personas de obras, trabajos o servicios en casos de concursos o subastas o de directa resolución.

2.° Opositores o concursantes a plazas determinadas, o aspirantes a destinos públicos para los cuales se exijan condiciones legales de preferencia entre los que posean unas u otras.

3.° Resoluciones de expedientes pendientes de despacho o de acuerdo en oficinas públicas.

En la misma pena incurrirán quienes en cualquier caso recomienden resolución determinada o resolución favorable a alguna de las partes en asuntos pendientes ante cualquier Tribunal o Juzgado.»

La simpatía fué uno de los mayores atractivos del general, y su sencillez de teatro.

En materia religiosa, era creyente, sin ser beato, y opinaba, como mi buen amigo el gran predicador Enrique Camarasa, que la beatería era una enemiga de la Religión, y que el clero español, por lo general, es bastante inculto, y que las Ordenes religiosas que daban más porcentaje de sabios, eran la de los jesuítas y la de los dominicos. Todos los domingos, cuando

estaba en Madrid, oía misa en la capilla del Ministerio de la Guerra. Cada vez que iba a Africa, sus hermanas e hijas—muy devotas también, modelo de virtud y de sencillez—lo llenaban de escapularios y de medallitas. Era mundano y tenía un exacto concepto de la sociedad y de los defectos que la integran. Le gustaba mucho el campo, y en asuntos agrícolas, sin ser ingeniero agrónomo, era bastante más entendido que el actual ministro que padecemos.

Las mujeres le inspiraban una gran compasión por el sólo hecho de ser mujeres, y a todas trataba con delicadeza, aun las de conducta equívoca.

Una de sus frases era ésta:

—El hombre, cuando se casa, debe procurar que la mujer sea joven y delgada, porque vieja y gorda ya se le convertirá con el tiempo.

Unicamente usaba gafas para leer o escribir. Fuera de la equitación no le gustaba ningún deporte, y mucho menos esos que hemos recibido en los últimos tiempos. De espíritu bohemio, se mofaba de una serie de fórmulas sociales. Prefería ir vestido de paisano que de uniforme, y no exhibía la corona de marqués ni en la ropa ni en ninguna parte.

Era muy amigo de sus amigos, a los que defendía con verdadero ímpetu, y lo sé por expe-

riencia, porque a últimos de 1929, celebróse un Consejo de Administración del periódico *La Nación,* al que él asistió—testigos, Delgado Barreto y Bausells—; en dicho Consejo, como el citado diario, en aquella época, debido a las torpezas de un administrador llamado Gallego, que entendía de periódicos lo que yo entiendo de filatelia, arrastraba una vida precaria, a Salcedo Bermejillo—que Dios le perdone—se le ocurrió enjugar el déficit de *La Nación,* con los ingresos de *El Noticiero del Lunes,* es decir, quitarme a mí *El Noticiero,* y que lo explotase la Empresa de *La Nación.*

Mal le salió la propuesta al ridículo vizconde, porque Primo de Rivera, indignado, le dijo:

—¿Pero usted me cree capaz de quitarle a un amigo mío, como es Jacinto, sus medios de vida, cumpliendo, como cumple, con su deber?

Conste que ya mucho antes de esta escena, al presidente de la Diputación ya se le había ocurrido exponer esa ideica, y Sánchez Pastor y Delgado Barreto, con muy buen sentido, le habían hecho ver lo que tuvo que oírse por su terquedad.

Salcedo Bermejillo no era santo de su devoción, por considerarlo de cortos alcances.

Una tarde que fuí a despertar al Dictador, me

recibió muy enojado, y casi sin saludarme me dijo.

—¿Pero tú has visto lo que ha hecho ese Salcedo Bermejillo?

A lo que tuve que responder, viéndole tan indignado:

—¡Bueno; conste que yo no le nombré presidente de la Diputación!

Después me enteré de que lo que había motivado el disgusto del general, era un artículo de Sinesio Delgado, en el que este formidable escritor desaparecido, comentaba irónicamente los gastos que habían ocasionado la colocación de la primera piedra del Hospicio.

Salcedo Bermejillo, después de recibir la amonestación correspondiente del Dictador, en vez de dimitir, pagó de su bolsillo particular los dispendios que se habían hecho, y que ascendían a unos cuantos miles de pesetas.

Era un gran persuadido de la frase de Manolo Bueno: «La espada conquista, pero no edifica»; y es que él, aunque militar, no era militarista.

En el último año de su Gobierno, se descompuso con frecuencia, se había vuelto irascible, él, que siempre fué afable con todo el mundo; y es que las contrariedades, de los que preparaban en la sombra su caída, le acechaban. Por otro lado, la diabetes iba minando aquel organismo

fuerte y sano, enfermedad de la que no se preocupaba, porque, a pesar de los sabios y fraternales consejos del doctor Quintana, a las cinco de la tarde seguía tomándose su tazón de té con leche, acompañado de pastas y dulces en gran cantidad. Era muy goloso y nada aprensivo para su salud. Siendo capitán general de Madrid, una vez, a media noche, le dolía una muela ; levantóse, cogió unos alicates y se la arrancó.

Como político, fué honesto ; como español, hizo florecer a su patria durante su etapa de Gobierno en grado sumo. Había orden y no faltaba trabajo. Orden y trabajo, que son las dos cosas más precisas para que progresen los pueblos. Puso muy en alto el nombre de España en el extranjero, y en el trato social, era un señor, esto, que por lo que se está viendo, después de haber oído en el Congreso : «Su señoría es un ladronzuelo» ; «Su señoría vive de las mujeres», debe ser una cualidad que no poseen todos los mortales, y, claro, como todo señor, era educado, porque está visto que se puede ser eminentemente sencillo, para convivir con todos los sectores sociales, sin echar mano de la plebeyez que nos arrolla.

EL PROBLEMA CATALAN

Ya he dicho en otra ocasión, que Primo de Rivera era un enamorado de Barcelona y un gran conocedor del problema catalán; es más, uno de los políticos mejor enterados de dicho problema. Lo que a él le sublevaba era el grito de *¡Muera España!*, que algunos insensatos proferían, y lo comentaba en la forma siguiente:

—Tan partidarios como son en Cataluña de todo lo francés, y por lo visto no se han enterado de que si un marsellés, en Marsella, gritara *¡Muera Francia!*, lo pasaría muy mal, ya que seguramente el Gobierno de la libre y democrática República, no se contentaría con desterrarlo a Burdeos. Podrán decirme que los marselleses no poseen un ángulo facial más abierto que

el de los nacidos en París, y, por tanto, no tienen derecho a tamaña blasfemia ; pero... eso que se lo cuenten al bueno del doctor Robert, que estoy seguro que al morirse repentinamente en el brindis de aquel banquete, no sospechaba que su obra, puramente sentimental, serviría de señera para insultar a España. Ahora bien : el separatismo no es arrollador, como muchos creen, *por la sencilla razón de que no tiene razón de ser.* ¿Autonomía? ¿Independencia? Ningún Gobierno español *sería tan absurdo* que dejase a Cataluña, tierra de altísimas virtudes, sola y al garete para complacer a cuatro ilusos, o a media docena de traficantes, que jugarían con una de las regiones más ricas de España, como jugaron los judíos con la túnica de Cristo. Reciente está el fracaso de Puig y Cadafalch y de la Mancomunidad, su feudo.

¡Pobre amigo! ¡Si viera lo que ha ocurrido después de su muerte!

Siendo capitán general de Cataluña, el 11 de enero de 1923, me escribió una carta, contestándome a la que yo le había enviado felicitándole por su cumpleaños, y de dicha carta son los siguientes párrafos :

«Pero así y todo, el elemento separatista es exiguo ; el obrero todavía conserva en su ideolo-

gía las doctrinas de Lerroux, agudizadas por el sindicalismo. El jefe de los radicales, indudablemente, hizo más daño que bien a Cataluña. En la época de su omnímodo poderío, de su prestigio indiscutible, apoyado por Romanones, sembró rebeldías y predicó ideas disolventes, pero jamás—justo es reconocerlo—alentó al separatismo, antes al contrario, lo condenó acerbamente. La aristocracia catalana, la de rancio abolengo, tampoco es separatista, y en sus relaciones y en familia habla en todo momento el castellano. Queda una minoría: la clase media, que si le notificaran que Cataluña se hacía independiente, protestaría, porque, por encima de todo, ama la tranquilidad de sus hogares y los buenos balances, que obtiene gracias a su amor al trabajo. En Cataluña, el separatismo nunca será movimiento de acción, a no ser que tropiecen con un Gobierno débil, uno de esos Gobiernos que se tambalean en cuanto dos verduleras de la plaza de la Cebada, apedrean con lechugas a un guardia.»

Y terminaba sus impresiones sobre el problema catalán con las siguientes palabras:

«... pero tienen demasiados sesos sus hijos y quieren lo suficiente a Cataluña, para no comprender que separándola de España, la arruinarían en todos los sentidos y para siempre.»

¡Cómo pasan los años! Ese Gobierno débil, a que se refería el Dictador, ya lo encontró Cataluña; ese Gobierno que toda su manifestación de autoridad, ha consistido en perseguir implacablemente a las derechas, cruzándose de brazos ante el bochornoso espectáculo de ver desgajarse la Patria.

Primo de Rivera, gran conocedor de Cataluña, sabía muy bien que el catalanismo no era movimiento de acción, y que con un poco de autoridad todo se solucionaba; además, como quería mucho a los catalanes, comprendía... lo que ahora está ocurriendo, que la masa neutra, que es la que constituye la mayoría de la bella región mediterránea, sería la primera víctima, si no se atajaban las ambiciones de un loco o de un malvado.

Sería muy conveniente que hoy mismo, los diputados no catalanes que tanto se distinguieron para sacar a flote el Estatuto, se dieran una vueltecita por Cataluña, y verían a qué estado de ruina la han llevado; tanto es así, que hace muy pocos meses, estando en Barcelona, un paisano mío me dijo:

—Luego usted dirá que en Madrid nos quieren mucho, y ya ve, nos han concedido el Estatuto para arruinarnos de una vez; desde que

lo tenemos, esto es un desastre. ¡Si es que no nos pueden ver!

Un poco absurda me pareció la apreciación del barcelonés, aparte, de que del señor Azaña, ateneísta y todo, al político florentino, autor de *El Príncipe*, me parece que hay una enorme distancia.

Pero a lo mejor...

Los resultados son algo sospechosos. El tiempo lo dirá.

RECTIFICAR

La Asamblea Nacional, según tengo entendido, no fué idea del general—no lo sé seguro—; se le ocurrió a Aunós, y la combatió Martínez Anido.

La Asamblea, al poco tiempo de su funcionamiento—eso sí lo sé bien—, no le satisfizo, y además hubo un debate sobre la eterna cuestión de los cambios de criterio, debate que le molestó mucho.

Como los hombres, generalmente, al llegar a la madurez, se vuelven comprensivos, él me explicaba sus teorías sobre la rectificación en la siguiente forma:

—No te quepa duda de que la vida es un sen-

dero de rectificaciones; cada día me voy convenciendo más.

Pobre del que vive una sola idea.

En el terreno ideológico, también es bello el donjuanismo y mariposear y libar de mil flores distintas.

Creer la misma cosa es síntoma de cretinismo espiritual, como comer sopa y cocido todos los días del año, demuestra falta de paladar o de peculio, cuya resultante es convertirse en feudo del bicarbonato.

Pobre del hombre que no evoluciona, que no se adapta, que no ajusta sus hechos a las necesidades de su tiempo.

¿Es que ahora España se puede regir lo mismo que en la época de Cánovas?

La rutina sostenida eternamente sería el atraso de la Humanidad, y como los hombres no somos inmortales, durante nuestro paseíto por la vida, tenemos perfecto derecho en variar de postura.

Si el espíritu vale más que la vestimenta, y cambiamos ésta, ¿cómo la vamos a posponer a aquél? Hace años que Maupassant escribió: «La verdad de hoy puede ser el error de mañana; todo es incierto, variable, y contiene en proporciones desconocidas tanto de verdadero como de falso.»

El autor francés sabía un poco más de la vida que muchos políticos, no te quepa la menor duda, porque precisamente el defecto de muchos de ellos, es que no han vivido.

Una de las figuras europeas que más han evolucionado en estos últimos tiempos, ha sido Mussolini, el salvador de Italia. Si el *Duce* no rectifica, no hubiera gobernado, y si no gobierna, su patria se hubiera hundido en la más horrorosa de las anarquías.

Enmendarse en el camino, rectificarse, es propio de espíritus cultivados, y es patrimonio de ignorantes y tercos sostener una idea contra viento y marea, y, lo que es peor, defenderla por tesón, aunque se haya perdido la fe en ella.

La Historia, la maestra de la Humanidad, nos brinda copiosos ejemplos de rectificaciones.

¡Cuántos países que estuvieron en guerra, luego, guiados por imperativos deberes internacionales, o en defensa propia, se unieron para combatir al enemigo común!

En el mismo terreno material no hay quien pueda comprometerse a ser consecuente, ¿cómo asegurarlo en el medio espiritual?

¿Puede jurar alguien que no tendrá en la vida ninguna pulmonía, que no viajará, que no catará tal manjar?

Entonces, ¿por qué nos comprometemos a

querer siempre a un mismo sér, a sacrificarnos por una sola idea, a vivir una vida única?

Si llega a haber decaimiento hasta en el amor, y después pasa y se muere, ¿cómo vamos a pretender que la idea viva eternamente, que el sentimiento sea perenne? Sólo los zafios deben exaltar el fosilismo.

Lo que no debe subsistir es la geometría aplicada a la idea. El triángulo y el cuadrilátero tienen su mansión, pero que no es precisamente la del espíritu, porque están más a ras de tierra. Lo que no puede ser es vivir la vida del consejo ajeno, y aceptarlo como dogma; escucharlo, sí; pero luego razonarlo en el silencio de la larga noche—de esa noche tan nerviosa como interminable, noche de dolor y de inquietudes, que sólo conocen los enamorados y los criminales—y analizar minuciosamente, pícaramente, si el poner en práctica el consejo, redunda en beneficio de quien lo brindó, o del que lo recibe, que de todo hay en la viña del Señor.

Dar consejos es cómoda labor; la manera de seguirlos es algo más difícil.

Sin ser profesional, a cualquier palurdo se le ocurre aconsejarle un cortadillo de agua de Carabaña al que se sienta indigesto; el que lo receta no pasa ningún mal rato por el hecho de recetarlo; pero ¿y el que lo toma?

No; yo ignoro muchas cosas; pero he vivido tantas, que son las suficientes para saber renunciar a tiempo, y... ten presente mientras vivas, y para tu consuelo, la frase de Benito Mussolini: «*Unicamente los muertos y los locos no cambian de parecer.*»

Y que lo que decía lo ponía en práctica, los hechos lo demostraron. ¡Cuántas sanciones impuso en su vida de gobernante, que perdonó enseguida!

¿Veleidad? ¡No! Criterio sano, exento de vanidades. La terquedad sólo es patrimonio de los orgullosos y de los cretinos.

QUIEN LO MATO

El otoño de 1924 fué cruel para las tropas que actuaban en Marruecos. Primo de Rivera estaba muy preocupado, porque advertía todo cuanto se jugaba en la empresa, al extremo, que después, ya en la península, comentando el éxito de la toma de Alhucemas, me dijo:

—Si no llega a salirme bien, me tengo que pegar un tiro.

El tiro se lo pegó el país con la indiferencia que lo trató al regresar de aquel hecho glorioso.

Como iba diciendo, el otoño, prólogo de la campaña, fué desastroso.

Millán Astray, organizador del glorioso Tercio, de esos nietos de los voluntarios catalanes que al mando de Prim regaron con su sangre

aquellas tierras feraces e inclementes, había caído herido. La duquesa de la Victoria, llegada de Larache, nos amplió la información. El bravo militar, acompañado de Topete, el teniente de Ingenieros, había salido de Tetuán en automóvil para incorporarse a R'Gaía y tomar el mando de la zona internacional. Por el camino, a la izquierda, vieron ambos acompañantes una guerrilla batiéndose, y en vez de acelerar la marcha para huir de las balas, echaron pie a tierra respondiendo a su tradición de valor. Una bala perdida partió el corazón de Topete; la misma —creían muchos—que atravesó el brazo a Millán Astray. Allí, mordiendo el suelo africano, quedó tendido un valiente...

Al Dictador, como su mayor cariño era el Ejército, esas noticias le trastornaban mucho.

—Lástima de Topete—me decía—. ¿Le conocías, verdad?

El general estaba empeñado en que yo conocía a todos los militares, y, aparte de algunos que le rodeaban, no he conocido a ninguno ni sé lo que es el interior de un cuartel.

Primo de Rivera continuaba:

—Topete era de los que no desmayan. Había tomado parte en la defensa de Tifaranín, donde, por méritos, se le recompensó con el empleo de teniente. Ahora, de voluntario, había con-

tribuído al asalto de Gorgues, donde lo hirieron en la cara. Hace ocho días, construyendo un blocao cerca de la pista de Xauen, el jefe de las fuerzas, indicó al teniente que la fortificación no tenía *fuegos bajos*, y Topete se prestó voluntario, a quedarse guarneciéndola durante toda la noche...

Todo esto lo refería el general muy apenado. Al día siguiente, al regresar del hospital, donde había ido a visitar a Millán Astray, me dijo que había estado hablando con el alférez Neira, otro héroe de la campaña.

Neira—según explicaba Primo de Rivera—era de Cazadores de Madrid, y el defensor del blocao de la Abada, que había sido sitiado el 26 de agosto. Contaba con una guarnición de veintiún hombres. De éstos, diez habían muerto por bala y cinco de consunción. Los supervivientes estaban en el hospital, extenuados, luchando para reponerse de las privaciones pasadas. Y el general, paseándose a grandes zancadas por su despacho de la Alta Comisaría de Tetuán, no hacía nada más que exclamar:

—¡Qué horror! Eso hay que terminarlo cuanto antes. ¡Esos blocaos, esas pequeñas posiciones han sido un desastre!

Siguió, recia y cruel, la campaña en octubre. Había que saber perder para conseguir la victo-

ria final. Cayeron muchos, pero muchos de los nuestros, más de los que se figuraban en la península, y esas numerosas y continuadas bajas, a Primo de Rivera, hombre de exquisita sensibilidad, le producían un gran dolor.

Los periódicos de Madrid daban cuenta de los combates habidos, pero ignoraban los que sostenía el presidente con la realidad y su temperamento. El que sabía de su estado de ánimo era el espejo de su habitación; allí se reflejaba su rostro donde todos los días, aparecía con una nueva cana y una arruga más. Era hombre que se daba exacta cuenta de sus deberes y de su responsabilidad ante el país; por eso sufría tanto.

Mientras en la capital de España los antiguos políticos intrigaban, y los caudillos fracasados murmuraban, y los patriotas de café, alineando unas cerillas en la mesa de mármol, daban lecciones de estrategia a los contertulios, Primo de Rivera dejaba por tierras africanas, cachos de su vida todavía joven, y energías que nunca más pudo recuperar.

¡Qué gran contento para los padres e hijos, esposas y hermanas que tenían, alguno de los suyos en Marruecos, al terminarse la horrenda pesadilla!

Pero... usted y yo, lector, podemos hablar cla-

ro, porque, como es lógico, este libro no saldrá de aquí y, por lo tanto, nadie se enterará de esta vergüenza española. ¿No le parece que fuimos muy injustos con el hombre que devolvió la tranquilidad a millares de españoles? ¿No le parece que a ese gran patriota, que salvó la vida de tantos, no le teníamos que dejar morir?

Pues yo le aseguro, y usted es el primer convencido, que lo matamos entre todos.

No le quepa a usted duda. El general que llega victorioso de Alhucemas, final de una campaña a todas luces cruenta y gloriosa, merecía algo apoteósico, y no hicimos nada, nada más que política, siempre la maldita política, que nos asfixia, que nos envenena.

Ahora, a manera de responso pagano, circula de boca en boca la frase: «¡Si se hubiese retirado después de la toma de Alhucemas!...»

No se preocupe, lector; de todas maneras lo hubiéramos matado. Somos así. ¡Era demasiado buen gobernante para que nos dejáramos gobernar por él! Lo hubiéramos matado cuando hubiera vuelto al Poder.

EL PRIMER QUINQUENIO

Antes de 1923 el país se derrumbaba. La carcoma de Marruecos, roía la carne y los nervios de la nación.

La pistola sindicalista era dueña y señora de las vidas y haciendas de los españoles. Primo de Rivera, sin duda conocedor de la verdad inconcusa de las palabras de Ibsen en «El enemigo del pueblo»: «que estando compuesta de imbéciles la mayoría, la minoría es la que debe gobernar», se enfrentó al Poder público, que carente de autoridad y prestigio, persuadido de su inmenso divorcio de la opinión, abandonó el Gobierno al primer grito del general.

Los que regían en aquel entonces los destinos de nuestra Patria, fueron torpes, pero no insen-

satos; esto pueden exhibir en su paupérrimo haber.

No intentaron la más leve resistencia, dando con ello una prueba de gran cordura, pues en seguida se dieron cuenta de que estaban solos. España, la España que trabaja y piensa, no los quería; yacía indigestada con tanta oratoria gárrula y falta de acción. Persuadidos de ello, no probaron imponerse ni resistir. Esquivaron la acometida.

No fué un momento de cobardía, como opinaban muchos de sus partidarios que después les volvieron la espalda: fué un acto de contrición. Obraron al impulso de su abrumador remordimiento.

Las revoluciones siempre fracasan, cuando no llevan el aval de la opinión. Un solo individuo no podrá nunca cambiar el régimen de un país, si la mayoría del país no participa de su idea.

Un momento de audacia lo tiene cualquiera que tenga arrestos: lo que se necesita es que ese momento sea ungido por una razón de alto patriotismo, y el del 13 de septiembre de 1923, indudablemente lo fué.

El caudillo debe simbolizar y cristalizar la ideología de su pueblo. Si sólo la simboliza, triunfa momentáneamente; pero hace falta que después la cristalice, que demuestre lógicamente

el motivo por el cual se lanzó a la revuelta, y sepa con su actuación parangonar la austeridad del gobernante con la orgía política y administrativa que le precedió, y este precisamente fué uno de los mayores éxitos del Dictador.

Todo lo que es secular no se viene abajo en un instante, si de antemano los cimientos no estaban carcomidos.

Madero, en Méjico, derrocó a Porfirio Díaz, porque contaba con un estado de opinión.

La historia de todos los pueblos fortalece este aserto.

El general Primo de Rivera, fué el caudillo, el que expuso su prestigio y su vida al servicio de una causa, el cerebro y el brazo ejecutor; pero quien desterró para siempre más del Poder a los politicastros, fué España, percatada de que siguiendo por el camino que la conducían, o tenía que morir, o vivir con vilipendio.

* * *

El 19 de mayo de 1894 escribía a Navarro y Ledesma, el malogrado Angel Ganivet, uno de los primeros cerebros españoles de aquella época, y que también lo sería de ésta:

«Empalmando mi relación, te diré con brevedad que, además del patriotismo histórico (no confundamos con la patriotería de los que no quieren pagar contribuciones y luego gritan: «¡A Marruecos! ¡Canalla infame!»), ha entrado en juego en el sistema de mis ideas, el africanismo, que es algo más de lo que parece.»

Y añade más abajo: «Si España tuviera fuerzas para salir de la tregua actual, que la obliga a restaurarse por los cuatro costados, antes de decir esta boca es mía, y pudiera *inclinarse* a cualquier grupo de los que están en Europa arma al brazo, nuestra intervención en Marruecos era cosa de éxito seguro.»

Terminaba la carta con los siguientes párrafos:

«Y a todo esto falta un detalle importante, y es que, entre tanto como se habla y se chilla, no suena ninguna voz de hombre, del hombre que haya de hacer *eso*. Tal vez una buena escaramuza sacará a luz algún desconocido. Del elemento civil no hay que hablar. Cánovas sería mejor para el caso, pues en Sagasta no creo que se pueda pensar para asuntos gordos. Y aun Cánovas tiene la desgracia de verlo todo demasiado negro.»

¡1894! ¡1928! Habían transcurrido treinta y cuatro años, lo que demuestra la gran visión que

tenía del porvenir el inmortal granadino, de quien el general era un fiel devoto.

El día de cumplirse el primer quinquenio de su advenimiento al Poder, yo le visité y encontré malhumorado al hombre que pedía Ganivet en la carta que escribió a Navarro y Ledesma, y es que iba notando la falta de opinión—esa opinión tornadiza como alma de mujer coqueta—el calor que él merecía. Veía la ingratitud de un pueblo, que no se había detenido en aquilatar lo que representaba para miles de hogares la toma de Alhucemas, y el que ya no sucumbieran los ciudadanos bajo el imperio de la star.

Aquel día, repito, fué uno de los que le vi más triste, y se comprende: hay ciertas festividades, ciertas efemérides, que si no van avaladas por una alegría interior, en vez de ser motivo de regocijo, lo son de pena y desencanto.

Los que supeditaban el bienestar de España a su amor propio, a su egoísmo, a su envidia o a su ambición, querían amargarle la existencia, y lo peor es que lo consiguieron, aunque ahora lloren lágrimas de arrepentimiento.

Primo de Rivera, el día de cumplirse el primer quinquenio, se dió perfecta cuenta—caso raro en un gobernante—de que su prestigio flaqueaba, y empezó a anunciar su retirada, anuncio que le perjudicó muchísimo. Pero es que él,

enemigo de toda violencia, quería gobernar a gusto de los gobernados, de lo contrario, marcharse a su casa.

Decididamente, el general, en ciertos aspectos de la vida, estaba muy anticuado ; bien es verdad que durante su época, todavía no se había inventado el *nuevo estilo* para gobernar, del cual tan óptimos frutos estamos recolectando.

UN GRAVE ERROR

Recluído en su habitación del hotel Pont Royal, de París, escribió los cuatro últimos artículos de su vida : «Génesis de la Dictadura», «Constitución y labor del Directorio», «La Dictadura civil» y «Fin de la Dictadura española», por encargo del periódico *La Nación,* de Buenos Aires.

Del estilo de ellos—más reposado que el de sus notas oficiosas—emana una serenidad y nobleza conmovedoras. Del último de los artículos—el último dado a la publicidad—son las siguientes líneas, en las que el general, dolido y quebrantado, por lo visto, presentía su fin :

«Me llega el momento de poner término a este último artículo de la serie prometida, padeciendo

fiebre, encerrado en el cuarto del hotel en que habito, al que llegan todos los días, por numerosos telegramas, cartas y tarjetas, la expresión de afectos y fidelidades de España que me sirven de gran consuelo, como llega también la manifestación de la hospitalidad y cortesía de distinguidas familias de Francia y de la colonia hispanoamericana aquí tan importante. Creo que habré de recogerme más para devolver a mis nervios el equilibrio perdido y a mi salud los serios quebrantos sufridos. Aparento fortaleza y, sin embargo, yo, que puedo establecer comparaciones, sé bien que la he perdido. En realidad, como vida física he superado la media humana, y como vida ciudadana y patriótica, no creo que el balance de la mía ofrezca déficit. El apego y el interés por los días o años que me resten de vida habría de deducirlos de la contestación a estas dos preguntas: ¿Qué me queda por ver? ¿Qué me queda por hacer?»

He dicho que presentía su fin, porque los anteriores párrafos dan la sensación de un espíritu rendido, que deseaba apoyar la cabeza en la almohada de la eternidad, y que quería acostarse sin ansias de amanecer, para que una noche infinita le ocultara las realidades del día.

Hoy España muy brevemente, podría contestar a las interrogaciones de aquel hombre todo

bondad. Si no muere, hubiera vuelto al Poder desde mucho antes de terminarse el 1930, sin ver muchos sucesos dolorosos que hemos tenido que presenciar los españoles. Lo que le quedaba por hacer, la experiencia de sus años de gobierno y la ingratitud de algunos, se lo habrían aconsejado.

La muerte, implacable y caprichosa, le asestó el golpe fatal en la capital francesa, golpe que repercutió en España y sigue dando aldabonazos. Para silenciarlo faltan todavía muchos años, y cuando nuevas generaciones, ya no oigan ni se acuerden de la idea del Dictador, tan bella y tan patriótica, España podrá volver a ser feliz. Entretanto, no, porque pesará sobre todos los ciudadanos una pesadilla de remordimiento, al ver que se deshace una Patria caprichosamente, por ese instinto churrigueresco de nuestras multitudes, que es la mayor desgracia que nos aflige. La Historia le reservará un puesto de honor, por tratarse del gobernante que más hizo por España en estos últimos lustros. De sus detractores no se ocupará nadie. El fué un recio puente, construído con materiales de espíritu patriótico, y sus enemigos han sido las aguas pestilentas que pasan por debajo, lamiéndole los cimientos. Claro que lo que yo opino puede fracasar ; pero si así ocurre, sobre los culpables de la caída del Dic-

tador, flotará una enorme y densa responsabilidad, porque a su muerte—precipitada por la caída—débese la transformación de España, o sea su estado actual, que por lo visto no es el que agrada a la mayoría de ciudadanos. Allá con su conciencia los culpables.

Indudablemente fué el error de algunos, el pensar que Primo de Rivera era un político más. Habituados desde nuestra niñez al turno de los partidos, hubo muchos que creyeron, que lo mismo era que gobernara el Dictador que Berenguer, como antes era igual que estuviera en el Poder, Romanones o Sánchez Guerra, y esta fué la mayor y más fatal de las equivocaciones.

Cuando en la marcha de un país, un hombre genial imprime el sello de su personalidad—derecha o torcida—, es expuestísimo reintegrarlo a un pasado que fracasó totalmente, irremediablemente.

Lo doloroso del caso, es que los errores sólo se notan después de cometidos, y una vez consumados, difícilmente pueden rectificarse.

Fué de mucha envergadura el período dictatorial, para que, al cesar éste, con un frívolo «Aquí no ha pasado nada», todo volviera al mismo lugar en que estábamos antes de 1923. El «decíamos ayer», en política es mala cosa. Prescindiendo de pasiones, lo mismo si el golpe de Es-

tado fué beneficioso o nocivo, lo más rudimentario de la experiencia, aconsejaba que España, después de la Dictadura, no podía volver de ninguna manera a regirse por los procedimientos que fueron los causantes de su implantación, que, sin duda alguna, dió ópimos frutos: carreteras, Exposiciones, orden público, trabajo, etc. Claro que se me puede objetar que es muy cómodo juzgar los sucesos una vez acontecidos; pero me parece que éste, sin necesidad de ser adivino, estaba previsto. Es más, yo sé de buena tinta—y aquí no pongo el nombre del testigo, porque no estoy autorizado para ello—que a los pocos meses del Gobierno Berenguer, tan funesto para nuestra Patria, se les ofreció el Poder a Santiago Alba y después a Cambó, y estos políticos, conocedores del ambiente y prácticos en estas lides, no quisieron aceptarlo. A mi modo de ver, el único sucesor de Primo de Rivera—oigo las maldiciones que me dirigen—era Martínez Anido, aunque estoy segurísimo de que el valiente general, que en varias ocasiones le dijo al Dictador, refiriéndose a complots en los que estaban metidos algunos miembros que pertenecieron al Directorio militar: «Cuídate, Miguel, no seas tan confiado, que un día te cazarán como a un conejo», por mil razones no hubiera aceptado el cargo.

Intentar el paso de una Dictadura, a un Gobierno débil, es muy expuesto. En 1910, en Méjico, la Dictadura de Porfirio Díaz fué sustituída por un Gobierno constitucional, presidido por un hombre honrado a más no poder y de exquisita ciudadanía, don Francisco Madero, y el resultado no pudo ser más desastroso. El nuevo presidente, antes de cumplir el año de estar en el Poder, fué asesinado, y la guerra civil no sé si todavía dura, pero que ha azotado al bello y rico país durante varios años, lo sabemos todos. Ahora ya es tarde. El porvenir, la historia, se cuidarán de dar la razón a quien corresponda.

Entretanto, esperemos, aunque las nostalgias del pasado, nos hagan presentir un futuro doloroso para nuestra amada España, que está cosechando el fruto de una serie de semillas disolventes y mal educadas.

¡Ojalá el pedrisco, el vendaval y la sequía, agosten el campo antes de que se presente la próxima recolección! Pero para ello hace falta que todo hombre apolítico—a los políticos no hay que hacerles caso—propague su idea de amor y respeto al prójimo y al trabajo, y que la siembre a voleo, muy en alto, al empuje de un brazo nervudo; tan en alto como están los campanarios con sus nidales de cigüeñas, y adonde no pueda llegar el vaho que respira esa multitud

gregaria, que apesta a sudor y cree que el lugar que ocupa el cerebro, es el destinado a ciertas glándulas masculinas. Sólo así nuestra patria podrá redimirse de sus pasados y actuales errores. Sin política, sin odios, porque si éstos se acentúan, día llegará en que, como los lobos, sorteando jaras y cañares, y corriendo a campo traviesa, nos despedazaremos, y esto nunca debe ser, porque antes que todo : España.

LA CENSURA

Estaba durmiendo la siesta el domingo 16 de marzo de 1930, en la finca de Alcalá de Henares, cuando, a las tres de la tarde, me despertó el teléfono, y me acerqué al aparato. Me llamaban desde Madrid. Enrique Bausells, mi secretario y administrador de *El Noticiero del Lunes*, me dijo estas palabras:

—¿No quería usted alguna noticia sensacional para el número de mañana? Pues ya la tenemos. Hoy ha muerto en París el general Primo de Rivera.

Describir lo que pasó por mí en aquellos instantes, no sé hacerlo. Perdone el lector mi ignorancia de expresión. Inmediatamente pedí comunicación con el Ministerio de la Guerra, y

Martín, el portero mayor del Palacio de Buenavista, me confirmó la triste nueva.

Después..., después de todo eso sólo recuerdo que, tumbado en los cojines de la salita mora, me eché a llorar, no sé si como un hombre o como un niño, porque hasta entonces había ignorado lo que eran lágrimas, a pesar de que en mi vida de luchador no todo han sido venturas; pero sí aseguro que lloré como no pienso volver a llorar en mi vida, porque fué de coraje, que, a mi modo de entender, es por lo único que deben llorar los hombres.

Repuesto momentáneamente, por acordarme que tenía que ir a Madrid para hacer el número de *El Noticiero*, como todos los domingos, cogí unas cuartillas y escribí mi crónica semanal con el título de «Un asesinato»; subí al coche y vine a Madrid.

Atravesando los treinta kilómetros de carretera, que separan a Alcalá de Henares de la capital, pensé muchas cosas, entre otras, que el título de mi crónica estaba muy justificado. Sí, a Primo de Rivera lo asesinaron, no en la forma que parte del vulgo sigue comentando su muerte, no; lo asesinaron el proceder de algunos palaciegos y muchos monárquicos, la envidia de un sin fin de compañeros de armas, la ingratitud de una pueblo voluble hasta la insensatez, y el conven-

cimiento de la frase de Bolívar: «¿Si habré arado en el mar?»

Ya en Madrid subí a la redacción. Me dijeron que Delgado Barreto estaba en su despacho, y entré. Sin cruzarnos la palabra, nos dimos un fuerte apretón de manos que revelaba nuestro mutuo dolor. El, se quedó escribiendo para *La Nación* del lunes por la noche, y yo me metí en la sala dedicada a redacción de *El Noticiero*, para preparar el número del día siguiente por la mañana.

¡Quién me iba a decir que el azar se cuidaría de que yo, uno de sus amigos más íntimos, tenía que ser el encargado de escribir la primera nota necrológica que se publicó en España!

Al pasar a la redacción, se me acercó mi gran amigo Buenaventura Vidal, redactor-jefe del periódico, y le leí la crónica que traía escrita de Alcalá, diciéndole:

—Supongo que los de la censura no serán tan cochinos que tachen algo.

—Yo creo—repuso Vidal—que variándole el título no dirán nada, porque lo único que puede molestarles, dada su manera de ser, es eso de «Un asesinato».

Me dolió mucho tener que renunciar al título, pero como, al fin y al cabo, lo que pretendía era expresar mi indignación ante la Muerte, que me

arrebataba a un gran amigo, y a España el mejor gobernante que ha tenido en lo que va de siglo, de una plumada cambié: «Un asesinato» por «Duelo nacional».

No conseguí nada. Llegaron las galeradas de la censura con las tachaduras que verá el lector, por esto reproduzco aquella crónica, que por primera vez se publica íntegra. Aquí está:

GLOSANDO LA ACTUALIDAD (1)

DUELO NACIONAL

Con lágrimas en los ojos, y mojando la pluma en mi corazón, escribo estas líneas de dolor y coraje. Ha muerto, lejos de su Patria, que tanto amó, el general Primo de Rivera; *pero ha muerto moralmente asesinado por la ingratitud de algunos españoles que tuvieron la suerte de nacer en esta bendita tierra sin merecerlo.*

La resistencia física del marqués de Estella —tan comentada y tan envidiable—no había permitido que se socavase su vida de sesenta años; el dolor, sí. Más allá de la frontera yace el cadáver del hombre que en 1923 salvó a España de

(1) Las líneas que van en cursiva son las que tachó la censura.

la situación caótica que atravesaba; ya pueden apartar los adversarios, de los labios inertes del caudillo, el cáliz de hiel con que le obsequiaron en estos últimos tiempos; ya pueden convertir en ruinas su glorioso monumento; pero el que le levantaron en sus corazones, las madres, y esposos, y novias, y hermanas españolas, perdurará mientras exista la historia de España.

¿Qué pensarán de nuestro país en el Extranjero, cuando se enteren de que el apellido del hombre que pacificó Marruecos y consiguió, sin violencias, la paz interior, por toda recompensa, una chusma—esa chusma incivil y analfabeta—se ha entretenido en borrar de calles y plazas, el ilustre nombre de quien tanto hizo por nuestra Patria? ¡Que vergüenza! ¡Qué dolor ser español y tener que confesar tristes realidades!

Ya pueden afilar sus picos los cuervos; más allá de los Pirineos, están los despojos de un gran ciudadano que vivió y murió por España, haciendo buenos los versos de Campoamor:

> Ten, por Dios; ten, por Dios, ídolo mío,
> quieta la mente y el corazón en calma,
> no matan sólo la humedad y el frío,
> viene también la muerte por el alma.

Allá está el cadáver; aquí queda su obra de reconstrucción patria, elaborada por quien, si su-

frió errores, como todo mortal, nadie puede ni siquiera discutirle su sincera buena fe, y su honradez, y su concepto iluminado de patriota. Yo, que fuí uno de sus amigos íntimos—y a mucha honra—antes del 13 de septiembre de 1923, y seguí siéndolo durante su actuación como Jefe de Gobierno—amistad apolítica y desinteresada ; la prueba que no he ocupado ningún cargo bajo su régimen, entre otros motivos, porque odio a la política con todas mis fuerzas—, sé muy bien de sus dolores y de sus alegrías. Estuve a su lado cuando la toma de Gorgues, como estuve cuando la evacuación de Xauen... *¡Y que a ese gran español, antes de los dos meses de dejar el Poder —lo dejó para evitar derramamiento de sangre, ¡que conste!—, un puñado de malos españoles lo haya asesinado!, es una vergüenza hispana que debe sonrojarnos por igual a todos, y hacernos pensar que las pasiones debemos conducirlas por el alcantarillado, y, todo lo más, darlas salida en la plaza de toros, si no pretendemos que se nos cotice como a un pueblo muerto, incapaz de toda resurrección.*

Ha sucumbido como los mártires, aureolado por el dolor y la fe.

JACINTO CAPELLA

Se me olvidaba decir, que el jefe del Gobierno a cuyas órdenes, como es consiguiente, actuaba la censura, era en aquel entonces el general Dámaso Berenguer, nacido en Cuba, presidente del Consejo de Ministros de nuestro país, y Alto Comisario en Africa y general en jefe, cuando el desastre de Annual.

El cadáver del ex Dictador, que yacía en una cama de un cuarto de un hotel de tercer orden en París, era el del glorioso caudillo, a quien España debía la pacificación de Marruecos.

¡Para qué comentarios!

LA VERBENA

No fuí a París a ver el cadáver del Dictador; no fuí a Irún a esperar los despojos que llegaban como un guantazo, que nos arrojaba en pleno rostro una capital civilizada y, por lo tanto, serena. No asistí a su entierro, porque en aquellos días, por primera vez en mi vida, mi resistencia física falló, sin duda atenazada por el dolor. El general Berenguer presidió el duelo. Decididamente, la mayoría de actos oficiales tienen concomitancias con el Carnaval. ¡Deber! ¡Diplomacia! ¡Compromiso!... Fariseísmo. ¡Cuánta mentira se vive en este mundo!

En aquel día de luto nacional, Madrid, reaccionó. En aquella mañana de marzo, fría y lluviosa, empezó la glorificación del Dictador y de su obra. Fué entonces cuando el pueblo se dió cuenta, de que con la desaparición de Primo de Ri-

vera, fallecido en el silencio blando, impenetrable, del cuarto de un hotel extranjero, sin más compañeros que el lápiz y unas cuartillas, perdía su mayor y más legítima esperanza.

De entonces acá todo han sido tormentos para España y, para la mayoría de los hijos de ésta.

La dimisión, por exceso de patriotismo, a mi modo de ver—lo digo tal como lo siento—, no sólo fué oportuna, sino conveniente para el porvenir, porque el general hubiera vuelto a gobernar en seguida y con más experiencia, pero su prematura muerte acabó con todo vestigio de redención para el país. Ahora, toda aquella prensa vocinglera e irrespetuosa, aquellos ministros tan fatalmente torpes de la dictadura de Berenguer, han enmudecido, asustados de su terrible fracaso.

Recuerdo que muchas veces, el Dictador me decía con su carácter optimista:

—España es el país más fácil de gobernar.

Y estaba en lo cierto. España es muy fácil de gobernar, pero con un látigo en la mano, y él no sabía usarlo, le sobraba corazón. Amenazaba, pero en el momento de imponer el castigo, se echaba para atrás.

Su popularidad era asombrosa, por eso no necesitaba qué la Policía le custodiara, y además, la burlaba, como un chiquillo, esquiva la vigilancia del preceptor.

Muchas veces, en la portería del Ministerio de la Guerra, me encontraba a los policías de su ronda, jugando al tute, y el jefe, mi buen amigo Tapia, me decía :

—A ver, don Jacinto, si puede sacarle al Presidente dónde va esta noche, porque se lo he preguntado a los ayudantes y no lo saben, y siempre se nos escapa, y calcule qué compromiso para nosotros.

Entonces yo, con cierta discreción, le preguntaba al general, qué planes tenía para el resto del día, y después de despedirme, bajaba la escalera y le decía a Tapia :

—Me ha dicho que esta tarde no sale porque tiene mucho que hacer ; que por la noche va a cenar a casa de la marquesa de Argüelles, y después irá al Real.

Y gracias a este procedimiento, en muchas ocasiones la Policía pudo enterarse de los sitios a que iba a ir el Dictador, y es que éste, aparte de que todos sabemos que no había nadie que le deseara ningún daño material, respecto a los atentados, tenía el siguiente criterio :

—Si obedecen a un complot, ahí está la Policía para descubrirlo y hacerlo abortar, y si se trata del crimen de un exaltado, de un solitario, esto no hay quien lo evite. Es cuestión de suerte, todo depende de la puntería del criminal.

Se paseaba a pie por la calle de Alcalá y por Recoletos, a las horas en que ambos lugares están más concurridos. Habíamos ido muchas noches en taxi por Madrid los dos solos, y otras, con amigos, a Alcalá de Henares y a la Cuesta de las Perdices.

Por cierto, que una noche de la verbena de Santiago, fuimos a la Cuesta con el general: Cruz Conde, Horcada, el doctor Quintana, Martínez Anido y yo; al regresar de la cena y al subir por la Cuesta de San Vicente, se dió cuenta el Dictador, de que se estaba celebrando la verbena; hizo parar los coches, y allí nos dirigimos a pie, mezclándonos con los vendedores y el público. En cuanto la gente se percató de que el Presidente del Consejo se encontraba en aquel lugar, las demostraciones de simpatía se sucedieron largo rato. Una churrera, cincuentona y flamencota, poniéndose en jarras y cortándole el paso, le dijo:

—¿Pero es que me va usted a despreciar un churro, general?

Y Primo de Rivera, se sentó y empezó a comer churros, como el más demócrata de los verbeneros, porque no me cansaré de repetir, que el Dictador, era eminentemente sencillo, en aquella época cordial y educada, y en la que nadie hablaba de democracia, ni había incendios intencio-

BIBLIOTECA BOLETA

nados, ni atracos, y la propiedad era respetada, como lo es en todos los países civilizados.

Del puesto de churros, nos dirigimos a una caseta de tiro al blanco, y allí el general nos demostró que era muy mal tirador, porque no pudo hacer añicos una sola bombilla. Por una disposición del conde de Vallellano, en aquel entonces alcalde de Madrid, se habían prohibido las rifas en las verbenas, y al darse cuenta aquella noche los vendedores, de la presencia de Primo de Rivera en la fiesta, se destacó una comisión, pidiéndole autorización para las rifas, que eran su medio de vivir.

El Presidente del Consejo, los citó para el día siguiente, a las doce, que era domingo, al Ministerio de la Guerra ; los recibió, con la misma atención que si se hubiese tratado de un problema nacional, y las rifas volvieron a autorizarse.

Siempre, siempre, fué sencillo y complaciente con los humildes.

No subía ni bajaba de mi coche, que no diera la mano al chófer, diciéndole :

—Hola, Manolo. ¿Cómo estás? ¿Y tú mujer y los chicos?

A Martínez Anido, que, dicho sea de paso, quería mucho a Primo de Rivera, no le gustaba que éste fuese a cenar a la Cuesta de las Perdi-

ces, y una mañana, me llamó a su despacho del Ministerio de la Gobernación y me dijo:

—Lo he mandado a buscar, porque no me gusta que Miguel vaya a la Cuesta, y he pensado la manera de evitarlo sin que él se dé cuenta.

—Usted dirá—le contesté.

—Pues muy sencillo. Si usted y yo nos negamos a acompañarle, él no irá, porque está acostumbrado a ir con nosotros.

—Bueno, pero es que eso de negarme...

—Es muy fácil; cuando Miguel le proponga el ir a la Cuesta, finge una ocupación cualquiera, inventa una excusa... Yo haré lo mismo.

Las cenas de la Cuesta, las pagaba cada vez uno de los comensales; ya habíamos pagado cada cual la que le correspondía, y la del próximo sábado, le tocaba pagarla al Dictador.

Cumpliendo los deseos de Martínez Anido, me excusé con astucia de asistir a la cena.

Primo de Rivera se ahorró el invitarnos, y los propósitos del ministro de la Gobernación, no dieron ningún resultado, porque el Presidente no fué con nosotros, es cierto, pero se llevó a cenar a la Cuesta, al general Losada y al doctor Quintana.

Y es que Primo de Rivera, no era hombre que se dejara sujetar, así como así, ni al que se pudiera hacer variar de criterio con habilidades.

DESPEDIDA

... Y ahora, usted, lector, que me siguió como fiel compañero de romería, a través de las páginas de este libro, debo advertirle que hemos llegado al término del camino, y como vamos a separarnos, justo es que, con una adiós cortés, por un principio de educación, nos estrechemos las manos en esta despedida cordial, no sin antes pedirle mil perdones, por si la índole del libro no ha sido de su agrado, pero que no podía ser otra, dada su finalidad y mi modo de ser.

Aunque cuanto escribí, fué con el único propósito de que usted lo conociese, debo advertirle—señor lector—que su beneplácito, contando que usted me lo dedicara, no me halagaría tanto, como me ha halagado el hecho de exteriorizar lo

que desde hace tiempo, bullía en mi cerebro y rasgaba mi corazón, porque soy de los hombres que sienten por el culto a la amistad, un verdadero fervor.

Ahora, a seguir cada cual su camino, que, aunque se bifurque, al asomarnos a los aledaños que circundan la politiquería, que es tan bajuna y miserable ahora, no me negará usted que perdimos a un gran gobernante, que de lo que careció, fué de lo que por lo visto hace falta para gobernarnos, porque tenía vergüenza.

Y nada más. Si es usted creyente, como yo, rece un Padrenuestro a la memoria del general, y si no cree usted en Dios, no se lo rece, porque sin fe, no se lo agradecería ni el difunto ni el Eterno; pero siendo español, dedíquele un recuerdo de vez en vez, se lo ruego, no le pesará, y mucho menos si se asoma a la ventana de su espíritu, desde donde pueda otear el panorama de una España triste y desventurada como la actual. De esta generación nada espere, porque carece de Ideal; tiene de la vida un sentido exclusivamente calculista, y sabe más de matemáticas que de sentimientos. El *cock-tail* la ha trastornado. El baile negroide y el fútbol, le han hecho creer que el pensamiento radica en los pies. Se aficiona al naturismo en un sentido de juerga, ya que es incapaz de comprender todas

las bellezas que encierra la Naturaleza. Una generación que va sin sombrero y con un bastón en la mano, aparte de lo antiestético, demuestra que no tiene nada en la cabeza, y sólo cree en la violencia. Pero otras generaciones vendrán que nos rediman de nuestros errores, porque los pueblos, como los hombres, necesitan del dolor para purificarse; otras generaciones nos sucederán, orientando a España para que se desvíe del caos que la amenaza, si no surge el Mesías, que todavía no se dibuja, porque son muchos los que se creen los redentores, y por ser demasiados, no se dan cuenta de que la cantidad es perjudicial a la calidad.

Muchas, pero muchas cosas nos reserva el porvenir, y, a mi modo de ver, dolorosas; pero puede que me equivoque, como en otras ocasiones me he equivocado, pues yo fuí uno de los muchos que, creíamos que Dámaso Berenguer se pegaría un tiro, y ya ve usted, resulta que en el momento de escribir estas líneas, todavía no se lo ha pegado.

Madrid, junio de 1933.

ÍNDICE

	Páginas
Pórtico...	9
Una anécdota graciosa...	15
Su actuación en Cataluña...	21
Su afición al juego...	27
Abandonista...	33
Más abandonismo...	41
Comida moruna...	47
La evacuación de Xauen...	53
De cómo redimió a un hombre...	61
Su cultura...	67
Sus teorías...	73
Su afición a escribir...	79
La caída de la Monarquía...	85
Un discurso...	93
Intimidades...	99
Las dictaduras...	105
Su capacidad de trabajo...	111
Anécdotas...	117
El conde de Vallellano...	123
Las multitudes...	129
Más intimidades...	135
Su dinamismo...	143
Su carácter...	149
El problema catalán...	157
Rectificar...	163
Quien lo mató...	169
El primer quinquenio...	175
Un grave error...	181
La censura...	189
La verbena...	197
Despedida...	203

OBRAS DE JACINTO CAPELLA

CATALANAS

Intimas (1).
Libro del Dolor (2).
Sanás y Parells.
Don Tranquil.
El restaurant d'en Badó.
La gent del ordre.
Germinal.
La planchadora.
Els allotjats.
El dinar de bodas.
Barcelona al día.

CASTELLANAS

La boleta de alojamiento.
A ras de tierra.
Casa propia.
Estoy en el secreto.
La gatita blanca.
El recluta.
La Machaquito.
El guante amarillo.
El palacio de cristal.
La vida alegre.
La brocha gorda.
La gran noche.
Granito de sal.
Kitha y Phon.
Yo, gallardo y calavera.
La mujer española.
La boda roja.
La eterna revista.
El trust de las mujeres.
El garrotín.
Biscuit-Glacé.
Los dos rivales.
El becerro de oro.
La alegría de vivir.
El palacio del visir.
Méjico al día.
Méjico en la mano.
Después de la revolución
El triunfo de la tanda.
El colegio militar.
¡A la luna me voy!
Las musas del país.
Tenorio-Sam.
1913.
La Habana alegre.
De la Habana a la luna.
El remedio de Liborio.
La danza de las horas.
Cuba en España.
El pescador de coral.
1914.
La ciudad del dólar.
Minerva y la Paz.
La ciudad tranquila.
¡A divorciarse tocan!
Las Meninas.
El Niño de las coles.

(1) Con un prólogo de Ignacio Iglesias.
(2) Con un prólogo de Santiago Rusiñol.

BIBLIOTHECA BODLEIANA

EXCLUSIVA DE VENTA:
LIBRERIA DE SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6 - MADRID